

La hazaña secreta

ISMAEL GRASA

T

TURNER MINOR



TURNER MINOR

T

Título original
La hazaña secreta
© Ismael Grasa, 2018

De esta edición
© Turner Publicaciones, S.L.
Diego de León, 30, 28006 Madrid
www.turnerlibros.com

Cubierta
Diseño TURNER

e-ISBN: 978-84-17866-99-0

DL: M-4749-2018

Impreso en España

Reservados todos los derechos en lengua castellana.
No está permitida la reproducción total o parcial de
esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún
medio o método sin la autorización por escrito de
la editorial.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com

La hazaña secreta

ISMAEL GRASA



Me dispongo a escribir sobre algunas cosas sencillas. Entiendo que cada cierto tiempo es preciso decir aquello que consideramos bueno, o lo que nos dijeron a nosotros y que pensamos que nos hizo bien. Me refiero a decirlo en voz alta, a decirlo a otros. En ocasiones nos quedamos con la sensación de que deberíamos haber dirigido unas palabras a alguien en lugar de quedarnos callados. O con la sensación de que con nuestro silencio fuimos cómplices de algo que se dijo a nuestro lado, y que en el fondo desaprobamos. Desde luego, no faltan también las ocasiones en que hablamos de más. Pero la cuestión es que entre nosotros se suele criticar eso, el hablar de más, y rara vez el haber hablado de menos.

Algunas de las cosas sobre las que me propongo escribir en estas hojas son asuntos que damos por hecho, hasta el punto de que puede parecer tonto que alguien se incline sobre un papel para tratar de expresarlas. Una de ellas es que las personas, a veces, decimos la verdad, o más o menos la verdad. El mundo es complejo, grandes intereses se mueven tras las apariencias de lo que sucede, entramados económicos y corporaciones hacen valer sus influencias. Pero eso no debe abocarnos a la idea de que la verdad es entonces algo inalcanzable, algo que se oculta tras un laberinto en el que hace mucho tiempo que todos nos perdimos. Las democracias en que deseamos vivir son las formas más complejas de gobierno, pero a un tiempo se apoyan sobre lo más simple, que es la confianza en las otras personas y en la verdad. Es así como nuestra vida empieza a hacerse mejor.

Quiero tratar también en estas hojas sobre el aspecto que ofrecemos y la urbanidad. Uno ha de atender a su forma de vestir, y ha de respetar ciertas normas y tratar a los demás sin rudeza. Puede ser una fuente de placer el aprendizaje sobre los tejidos y los cortes, o el cuidado de los objetos que uno luzca, sean unos zapatos de piel o la cartera en la que guarde el dinero. Uno ha de saber disfrutar eligiendo unas gafas de sol o llevando un reloj heredado. Es una frivolidad tratar la moda como una frivolidad. Cada uno es libre de interpretar la elegancia como quiera, pero no es aceptable la dejadez. Cada vez que uno se viste ha de procurar ofrecer algo a los demás, una prenda escogida, alguna clase de delicadeza. Ese exceso intencionado de tela que hay en una línea de corte, cualquier detalle gratuito, manifiesta una disposición a la alegría de vivir. El escritor Salman Rushdie señaló la moda como una de las maneras que los ciudadanos teníamos de combatir el integrismo. Uno no ha de privarse de entrar de vez en cuando en una tienda bonita.

A modo de introducción, copio aquí la frase de Rushdie a la que me refería: “El integrista cree que nosotros no creemos en nada. Según su visión del mundo, él tiene sus certezas absolutas, mientras que nosotros nos sumimos en excesos sibaríticos. Para demostrarle que se equivoca, primero debemos saber que se equivoca. Debemos ponernos de acuerdo en qué es importante: besarse en público, los bocadillos de beicon, las discrepancias, la moda de rabiosa actualidad, la literatura, la generosidad, el agua, una distribución más equitativa de los recursos del mundo, el cine, la música, la libertad de pensamiento, la belleza, el amor. Esas serán nuestras armas”.



Es preciso amar el centro de nuestra ciudad. No digo que uno haga mal en vivir en una casa con jardín de las afueras, en una zona residencial, me refiero a que no se ha de perder de vista el centro. No se puede ser feliz si uno vive simplemente protegido tras el muro de una urbanización. Se ha de tener el centro como referencia, con su pasado, sus plazas públicas y sus edificios antiguos y algo deteriorados. Se han de considerar afortunadas las personas que se alojan en alguna de las calles o avenidas del centro, o en el mismo casco histórico. Las que viven en otros lugares han de pasear esos espacios del centro y hacerlos también suyos. Uno elige una prenda que ponerse, coge de la mano o del brazo a alguien querido y camina por una de esas aceras con firmeza. Porque esas avenidas o bulevares no dejan de ser la continuación de la calle más bella de Budapest, de Nueva York o de Buenos Aires. Todos los centros de las ciudades, si son ciudades, forman un centro común.

No es necesario ir muy lejos para hacer mejor el mundo, porque tal vez uno debería empezar por el centro de su ciudad. Como primer paso uno debería recorrer tranquilamente, ejemplarmente, una calle arbolada. Después hay que sentarse en un banco, hay que entrar en una heladería o en una tienda de nuestro gusto, aunque no podamos comprar nada, y hay que detenerse a mirar una fachada o la cartelera de un cine. Quizá muchas de las calles históricas de nuestras ciudades estén degradadas o no ofrezcan un aspecto invitador, pero eso no debería apartarnos de ellas o hacernos renunciar a ese espacio antiguo y central. Uno no debería detener ahí su paseo. Porque la realidad no solo es lo que es, sino también el modo en que la miramos. Y es sabido que el modo de mirar transforma ya las cosas.

Quienes se desplacen en bicicleta, por su parte, no deben circular entre los peatones ni sobresaltar su paseo con adelantamientos o timbrazos, porque la vida que queremos se sostiene en ese paseo de los peatones sobre la acera, ese detenerse a contemplar algo, un tipo particular de conversación.

La cita que copio hoy es de Aristóteles. Se refiere a la simplicidad última de la que trataba en el texto anterior. Dice este filósofo que verdad es decir que es lo que es, y que no es lo que no es, y lo contrario es la mentira. También lo expresa con estas palabras: “Hay en los entes cierto principio acerca del cual no es posible engañarse, sino que necesariamente se hará siempre lo contrario, es decir, descubrir la verdad; a saber: que no cabe que la misma cosa sea y no sea simultáneamente”.



Como escribió en una de sus sentencias el pintor Pepe Cerdá, un día es una cosa muy seria. Es nuestra unidad de medida de vivir. No tenemos otra cosa que unos cuantos días, un número concreto. Para los que trabajan de modo autónomo un día es además el tiempo para ganar el sustento de otro día. Y para los que tenemos un sueldo un día debería ser lo mismo, si somos honestos.

De joven me dijeron que debía hacerme la cama al levantarme, y lo mismo he dicho luego a otros. Si uno no tiene ninguna tarea, si uno está triste, quizá deba sentarse en la cama que acaba de hacer y respetar así la estructura del día. Es posible que sea su ocupación ese estar sentado. Tal vez le sobrevenga entonces alguna clase de luz. Cuando llegue la noche uno vuelve a deshacer aquella cama. Igual que el artista espera la inspiración en su estudio, o el escritor en su silla, conviene esperar lo que traiga el día con la cama hecha, por decirlo de algún modo. Y si no es gran cosa lo que trae, no debería poder decirse lo mismo de nuestra disposición.

Otra cosa que me enseñaron es a empezar el día por ducharse y, en el caso del varón, por afeitarse. Uno se ha de arreglar el pelo y ha de cepillar unos zapatos. Uno ha de mirarse en un espejo de cuerpo entero –en toda casa debería haberlo–. Es posible que la imagen que nos devuelva el espejo sea la de una persona sola, pero otros tal vez se hagan sitio en ese reflejo junto a nosotros en el futuro. Uno lleva a cabo sus tareas, sus obligaciones. Uno lee el periódico de esa mañana y dice delante de otros, en voz alta, una opinión que no suene demasiado destemplada. Pasan las horas y uno procura no perder el respeto a lo que quede de día. Sucede que a ratos nos sentimos alegres, como una brisa que nos atraviesa.

Copio hoy una cita de Albert Camus, de *Cartas a un amigo alemán*. El autor, previendo que los nazis van a perder la guerra, escribe a uno de ellos: “Vosotros habéis escogido el heroísmo sin dirección, porque es el único valor que queda en un mundo que ha perdido su sentido. Y al escogerlo para vosotros, lo habéis escogido para todo el mundo y para nosotros. Hemos sido obligados a imitaros con el fin de no morir. Pero nos hemos dado cuenta entonces de que nuestra superioridad sobre vosotros era la de tener una dirección. Ahora que esto se va a acabar, podemos deciros lo que hemos aprendido: es que el heroísmo es poca cosa, que es más difícil la felicidad”.



Hay un tipo de ebriedad que nos embrutece, nos empequeñece y nos hace más previsibles. Hablo del alcohol y de las drogas, aunque no solo de eso. Desde luego, la mayoría de nosotros dejamos un espacio en nuestras vidas a ciertos grados de ebriedad, pero puede llegar un momento en que uno deba saber apartarse de su modo habitual de actuar. Puede ser preciso, incluso, cierto morir en vida –porque es la muerte lo que nos parece entonces prescindir de aquello–. Uno, como suele decirse, ha de tener el valor de mirar al vacío, a la oquedad a la que ha ido dejando paso a su alrededor. Por recurrir a la metáfora común: no se levanta un edificio sobre suelo raso. En todo caso, aquello que buscamos con nuestra recuperación no es un mero encontrarnos bien, sino el privilegio de estar realmente tristes, aquella puerta a la verdad y al paraíso que contiene la vida.

Se nos dice que desde la adolescencia los hombres toman decisiones en la vida porque sufren crisis. Por eso, nos explicaban, no se deben evitar los conflictos buscando el cobijo de los falsos refugios. Los pasos equivocados nos llevan a privarnos de cierta tristeza, de una clase de melancolía que es la que nos hace merecedores de la amistad y de la fraternidad. O lo que es lo mismo: no se trata de alcanzar un bienestar o una clase de salud psíquica, por utilizar una

expresión actual. Esa salud es sin duda deseable, pero, si hablamos de dignidad humana, no es un fin. El fin es ser un hombre. Porque la dignidad empieza en la consciencia de la muerte y en cierta clase de desesperación. Y así es como buscamos la felicidad.

Es en ese punto, una vez que hemos dejado un lugar a la desesperación, cuando las personas encuentran la razón de amar a otros, de lavarse la cara en la pila del baño y de ponerse de pie frente al espejo de cuerpo entero del vestidor. Empezamos entonces el día como si realmente fuésemos cierta clase de divinidad, y cada cosa que nos dispusiésemos a hacer fuese algo extraordinario. Esa es la verdad a la que se llega. Un dios, contemplándonos, bien podría postrarse ante nosotros, un gesto que evitaríamos cogiéndole de los hombros e invitándole a tratarnos con camaradería.

La cita de hoy expresa la idea de que lo realmente extraordinario está en lo inmediato. Es del escritor Mariano Gistaín. Hablando de que cada hombre contiene el universo, dice: “Escuchar equivale a buscar vida extraterrestre, pero en la cocina”.



Es preciso sacar un tiempo para leer, pero uno no debe tener los libros por cualquier lado. Se ha de contar con un mueble o, si se puede, con una habitación, una biblioteca, donde guardarlos. En las casas de los lectores los libros no deberían estar dispersos por todas las habitaciones, como si la vida que tuviésemos en ellas no fuese algo real o válido por sí mismo. Las lecturas forman parte de la vida buena, pero, llegado el caso, uno no debe atrincherarse tras ellas.

Es fácil caer en la tentación de presumir de ser lector, o de sumarse a campañas más o menos públicas a favor de la lectura, cuando quizá la mejor campaña por la lectura sea un hombre que lee a solas y guarda luego su libro, si considera que merece ser guardado, en la balda de su biblioteca. Me refiero con esto a que antes que esforzarnos en que a otros les parezca la lectura algo atractivo, deberíamos ocuparnos de que nuestras vidas –leyendo, sí, tal vez– sean ciertamente atractivas.

Aunque uno lea en aparatos electrónicos, hay un valor en tener a nuestro lado algunas primeras ediciones en papel o volúmenes que por alguna razón valga la pena conservar. Cualquiera dirá que lo importante es el contenido y no el continente, y no le faltará razón, pero hay que tener presente que el continente, lo bibliográfico, esos objetos que sostenemos entre las manos, son cosas que también nos incumben. El coleccionismo, cuando obedece a un impulso bien ordenado, es un modo de virtud antes que una deformación del carácter. Una casa con una biblioteca, por reducida y sencilla que sea, tiene algo de ejemplar. El dueño ha de saber entonces dar razón de aquellos volúmenes, de cuáles son antiguos o heredados, o raros o valiosos por alguna razón.

En todo caso, parece que nunca se deba abandonar la actitud de seguir aprendiendo. Esto a menudo se entiende hoy como una gimnasia cerebral para personas entradas en años, una vía de salud geriátrica, pero yo diría que, al margen de la edad, este no detenerse en el conocimiento es

ante todo una gimnasia moral. Uno puede estudiar nuevos idiomas o saberes relacionados con su profesión, o puede dedicarse a lecturas literarias, históricas, biográficas... Diríamos que un profesor, por ejemplo, difícilmente puede enseñar algo a los demás si fuera del aula él mismo no hace nada por aprender.

Copio hoy unas líneas de la escritora Cristina Grande. Relata en uno de sus textos una visita al parque del Monasterio de Piedra. Es otoño y las hojas caen entre los saltos de agua. Escribe: “Y entonces, después de una hora de paseo, sentí una extraña congoja, un sobrecogimiento que casi me impedía respirar. Mi síndrome de Stendhal no se produjo en Florencia, sino frente a un bosquecillo de hoja caduca. Entendí que tanta belleza no podría repetirse nunca y esa sensación de perfección fugaz me puso al borde del llanto”. Cambia luego de tono y se fija en otros visitantes. “Uno de ellos dijo a su mujer: ‘No creas que todo esto es natural, que aquí se ve que el agua está canalizada’. Su mujer lo miró mal y a nosotros nos entró la risa, una risa que sirvió para sacarnos del encantamiento que nos impedía encontrar la salida”.



Diríamos que lo que mueve a las personas es cierta clase de fe. Y que esa fe, por ponerle algún nombre, es lo más importante que tenemos. Es una clase de convicción en el bien, en el amor, o como uno quiera llamarlo. Sentimos entonces que no es más firme cualquier fórmula de la física que nuestra fe. Y es otra clase de fe, o quizá la misma, el presentimiento de que un día todo ha de confluir, de que las intuiciones de los poetas y de nuestros corazones son una avanzadilla de las ciencias positivas, la bengala que por un instante ilumina la región sobre la que el conocimiento un día encontrará arraigo.

Es un pensamiento hace tiempo expresado por los clásicos que el bien, la belleza y la verdad forman un uno, y que solo nuestra visión limitada nos hace ver la realidad como fragmentos dispersos. Pensar que la verdad, la belleza y el bien son caras de una misma cosa es algo que siempre ha acompañado nuestra idea de humanidad.

El hombre feliz no teme a lo que la ciencia y sus herramientas puedan un día descubrir sobre el universo o sobre nosotros mismos. Si la fe de uno le lleva a protegerse del conocimiento o de la investigación, es que su fe no tiene valor ni es la propiamente humana. Además, ¿acaso no hubo momentos de dignidad, y fueron vidas no perdidas, cuando los hombres nacieron y murieron pensando que el universo limitaba con una bóveda, o que las especies animales eran inmutables? En cierto modo, lo esencial es algo que un hombre sabe ya. Y si no, no ha de saberlo nunca.

Los estoicos decían cosas parecidas a estas, además de su llamamiento a que cada uno se limite a hacer lo que esté en su mano y a despreocuparse de lo demás. No sé si la imperturbabilidad a la que aspira el estoico es ciertamente un ideal, pero su pensamiento de que todo forma una unidad, y de que toda frontera política es artificial, no deja de iluminarnos.

Copio unos versos de Eloy Sánchez Rosillo. Hay un endecasílabo suyo que trata sobre esa eternidad del presente: “Cuanto existe, existió y será después”. Y se pregunta en ese poema:

¿Cómo iba la muerte a poner fin
a esta fragilidad indestructible
que en nosotros habita?



A propósito de los poetas, hay que decir que uno de los asuntos de los que tratan es su jardín. Ese jardín no suele ser un lugar concreto, sino que se trata de un símbolo. Ese jardín contiene una rosa que a la vez contiene la belleza del mundo, y la tierra del jardín es la tierra en que seremos enterrados, y es el jardín el universo entero, cercado por su tapia. Nuestra idea de un poeta es la de alguien que vive de un modo itinerante, a la vez que nunca abandona su jardín, por más que coja maletas y siga rutas de migraciones, congresos y exilios. Es alguien que se mueve y es alguien que no se mueve. Y es esta contradicción la propia de todo hombre, que deja de ser hombre si se detiene, a la vez que tampoco lo es si no lleva consigo alguna clase de quietud. Por más que una persona siga una vida sedentaria y común a ojos de los demás, nunca se puede decir que no esté llevando a cabo alguna clase de viaje.

Que el hombre tenga necesidades no significa que se agote en esas necesidades. De eso tratan también los poetas, salvo cuando se ponen al servicio de un tirano. El hombre es un animal que necesita un jardín. También un pan, pero no sirve como definición suya decir que es un ser que necesita un pan. A lo que me refiero es que el deseo de justicia del verdadero poeta no pierde de vista ese jardín –ese deseo de contemplar el mundo, de buscar la verdad por la verdad–. Esforzarse por la justicia es necesario, pero a sabiendas de que es un impulso dirigido, en última instancia, a que a nadie le falte lo innecesario.

Hoy copio unos versos de Sol Acín, una poeta de la que se puede decir que es, propiamente, una poeta con jardín. Ese jardín aparece a menudo en sus versos. Los de hoy vuelven al asunto de la eternidad del presente que el amor permite descubrir. Es el final del poema “Canto a la muerte”:

Canto a mi calavera
y perfumo el silencio que ha de entrarme,
con mi tierra, en mis huesos.
Oh mi cuerpo, te quiero.
Te desharás en mí
pero habremos cuajado para siempre.
No podremos saber por qué, de dónde,
pero en la vida nuestra,
en la vida, en la vida,
se nos dará ya todo.



En cierto modo, las cosas son sencillas, y la verdadera inteligencia es una complejidad que no pierde de vista esa sencillez. Las cosas son más o menos así: existe el bien y existe el mal; y el mal está por todas partes, lo mismo que el bien. Todo buen poema, por otro lado, es naturalmente triste, en la misma medida que nos confirma en nuestro modo propio de alegría y de felicidad.

Los poetas, de los que estos días vengo tratando, vienen a decir, en su particular formulación de la física, que solo el amor vence al tiempo. Escribió algo parecido Virgilio y se ha ido repitiendo hasta hoy. Alguien podría preguntar: ¿y cómo lo saben? Los poetas responden: quien ha amado lo sabe.

Una civilización es un progreso en nuestra manera de amar, en nuestra calidad del amor. No es lo mismo vivir de una manera que de otra, por más que a todos nos dediquen en el funeral unas palabras dirigidas a la eternidad. Quizá nuestras vidas tengan sentido en la medida en que contribuimos a ese abrirse paso del amor, a ese progreso, pero también es verdad que el amor es algo gratuito, tiene sentido en sí mismo, no se puede sumar. El amor no es un proyecto colectivo, algo que pueda triunfar o fracasar en su conjunto. Quien piensa eso ya ha fracasado. No es similar al proyecto de triunfo de la razón de los ilustrados. Lo que quiero traer aquí es la idea antiguamente expresada de que cada acto de amor vale por sí mismo, al margen de que contribuya o no a una tarea histórica o común. Por eso el amor no fracasa, por más que la humanidad tomase una deriva hacia la brutalidad, la violencia y la fealdad, y por más que esto nos entristezca.

Por eso también los poetas se mueven siempre entre paradojas. Amar es querer salir de la ignorancia y, sí, tiene que ver con los libros, los laboratorios y las universidades. Amar es ponerse de pie delante de otras personas y hablar con valor. Amar es no mostrar tolerancia con el intolerante, y es algo vinculado a la ley. Amar es leer un poema escrito por un hombre en el funeral de un hombre.

El fragmento de poema que copio es de Philip Larkin. Habla de una antigua tumba de piedra en la que el escultor dejó el gesto de las manos unidas del hombre y la mujer que están enterrados. El poeta reflexiona sobre el hecho de que quizá aquellos antiguos nobles pensaran que fuese su escudo familiar, también tallado en la piedra, lo que perdurase en el tiempo, en lugar de la posición de sus manos. Fue algo seguramente no previsto, un capricho del artista. Y, sin embargo, olvidado el significado de aquella heráldica, son esas manos entrelazadas lo que no deja de traer visitantes a ese lugar:

*The stone fidelity
They hardly meant has come to
be Their final blazon, and to prove
Our almost-instinct almost true:
What will survive of us is love.*

Según la traducción que manejo:

Esta fidelidad en piedra
que nunca pretendieron ha resultado
su blasón final, y demostrado
que nuestro casi instinto es casi cierto:
lo que sobrevivirá de nosotros es el amor.



Los versos que he elegido hoy están dedicados a la duda, y quizá puedan parecer un poco cursis o pasados de moda. Bien pensado, también quiero que traten sobre eso, sobre la necesidad que a veces tenemos de no rehuir lo cursi. Es de Fernando Pessoa aquello de que todas las cartas de amor son necesariamente ridículas, pero más ridículo es quien nunca ha escrito una.

Los filósofos hablan siempre de la duda. Una vida sin reflexión no merece la pena ser vivida, vino a decir Sócrates. Dos cosas mueven a filosofar, decía Aristóteles: el asombro y la duda. Todo esto es cierto y es bello explicarlo en las aulas a lo largo de los siglos y de las generaciones. Pero también es cierto que tan característica como la duda del hombre es su certeza, y quizá más aún esta, en cuanto que la duda no es más que una maniobra orientada, subordinada, a cierta clase de, ¿cómo llamarlo?, confianza. Por eso, si bien le debemos muchas cosas valiosas a Descartes y a los escépticos, en cierto sentido no deja de parecernos un poco ridícula –un ridículo verdadero, no como el de quien escribe una carta de amor– su duda absoluta, su extremo de quedarse a solas con su consciencia. La duda puede ser una manifestación de honestidad, pero sería inexacto afirmar que a la honestidad se llega dudando. Cuando los escépticos cartesianos ponen la idea de bien en suspenso, mientras van llegando a ella deductivamente, ¿no han cometido ya alguna clase de falta o de inhumanidad? Es como querer demostrar la existencia de un jarrón después de haberlo roto. Y ese bien está relacionado igualmente con lo que llamamos sentido del humor.

¿No debemos estar con quienes consideran que el solipsismo completo, ese instante, ese paréntesis en que el filósofo pone en duda todo y a todos, salvo su propio pensamiento, no es un tipo de dogmatismo, en cuanto que se ha apartado de aquel sentido del humor, así como de los amigos? Fue también Descartes quien se sirvió de la expresión *moral provisional*. ¿Es preciso insistir en el contrasentido de este sintagma? Por nuestra parte, diríamos que no estamos dispuestos a poner en suspenso lo que nos une a los otros, por más que fuese durante un segundo, un pequeñísimo paso en las deducciones, un breve soltarse las manos.

Los versos que copio son de un poeta romántico, Bécquer. El ejemplar de sus rimas que guardo en la biblioteca tiene un estampado de flores en las guardas y la dedicatoria de un anterior dueño. En la rima octava dice el poeta:

En el mar de la duda en que bogo
ni aun sé lo que creo;
¡sin embargo, estas ansias me dicen

que llevo algo
divino aquí dentro!...



Acabo por ahora con este asunto de los poetas y su medida del tiempo. Contra la idea platónica de que hay un bien absoluto, un bien en sí, otros pensadores sostuvieron que cada cosa tiene como bien el fin que es acorde a su naturaleza. Por eso tan inapropiado es pensar que un dios envidiase la felicidad humana, como que un hombre anhelase la vida de un dios. La conclusión quizá sea que cada cosa es grande siendo lo que es, o siendo hombres nosotros. En este sentido, no es mayor una divinidad que un peral.

La alegría del hombre, como se suele explicar, es paradójica: haciéndose uno merecedor de ella a veces se encuentra; forzando su encuentro, nos rehúye. Sabemos, por otra parte, que nunca se cumple del todo la justicia en este mundo, y comprendiendo esto nos hacemos precisamente dignos de la felicidad, y es además cuando mejor dispuestos estamos para esforzarnos por la justicia.

Siendo el hombre feliz comprende de inmediato que su eternidad consiste en cada instante, que cada instante es el paraíso. Es irrelevante entonces la cuestión de si seremos eternos o no en un mal llamado futuro, porque ya hemos sido eternos siendo hombres, si es que en nuestra vida llegamos a serlo. Quien sabe esto una vez, nos dicen los poetas, lo sabe para siempre. A todos los infiernos, purgatorios y paraísos ya hemos ido. La eternidad de un peral es dar una pera.

Hoy copio unos versos de Martín López-Vega. El poeta habla de una casa, y escribe:

Si entrásemos, veríamos sobre la mesa del salón
una guía de aves y un libro de poemas
con un verso subrayado: ‘Well,
not every day can be a masterpiece’.
Que no sea por no intentarlo.
Que no sea por no haber puesto atención
que no alcancemos el árbol de la vida,
la fuente de la juventud,
la eterna cualquiercosa.



Otro pensamiento que quiero traer a estas páginas es que, según lo que aquí tratamos, no existe eso que se dio en llamar *las masas*. Existimos cada uno de nosotros. No existe *el hombre medio*. Todas esas expresiones tienen algo de desprecio y uno debe mantenerse precavido. Existen la ciencia estadística y la sociología, desde luego, pero sus informaciones o utilidades no anulan el respeto que a cada uno nos corresponde. Puede parecer otra paradoja. Se debe tener presente, en todo caso, que quien habla de las masas o de *la gente* en un sentido despectivo, está lejos de incluirse a sí mismo en aquellos conceptos. Por eso las masas siempre son los otros. No debería

ser ese nuestro pensamiento, y, puestos a elegir, es preferible ser ese *los otros* que quien señala hacia ellos con un plural.

Ya advertí que en estas páginas, pensando en lo que quizá sea la vida buena, pretendo tratar sobre algunos asuntos domésticos. El consejo que a mí me dieron, y que transmito hoy, es este: ten todos los muebles nuevos que quieras y que precises, muebles funcionales y baratos, pero procura contar en cada estancia con algo por lo que hayan pasado los años o que merezca la pena ser conservado. Tiene que ser algo que haya sido de otros o pueda ser de otros el día de mañana, una pieza que quizá se corresponda con algún estilo artístico y que haya adquirido la pátina del tiempo. No hablo necesariamente de muebles u objetos de mucho valor. Puede ser una lámpara o el pie de un macetero. Son pequeñas cosas por las que respira el transcurso de las décadas. Porque las casas no solo deben ventilarse de vez en cuando abriendo los balcones, sino que parecen exigir también aliviaderos por los que fluyan el tiempo y las generaciones.

Diré que el cuadro preferido de mi casa es un paisaje pequeño, pintado en tabla, que queda a un lado del pasillo. Tendrá un par de siglos, aunque no es una pieza valiosa en lo económico. Me gusta que en el estanque que aparece pintado se vean las figuras de unos excursionistas que pasan el día, con sus sombrillas y sus vestidos de colores, sobre una barca. ¡Hay tanta melancolía en esa escena, en esa alegría que va camino de perderse, con su movimiento amable, entre el arbolado de las orillas!

La cita de hoy pertenece a un discurso que leyó Antonio Machado. Criticaba en él la idea misma de *las masas*, a la que antes me refería. Respecto a ellas advertía Machado que son algo sobre lo que “siempre se podrá disparar”. Y decía: “Si os dirigís a las masas, el hombre, el ‘cada hombre’ que os escuche, no se sentirá aludido y necesariamente os volverá la espalda”.



Uno debería preferir siempre las palabras sencillas, cortas y comunes. Es bueno interesarse por la etimología y aprender cosas sobre el idioma, uno puede seguir el camino de la erudición, pero eso no debería hacernos perder de vista las pequeñas honestidades del habla ni apartarnos de su cauce corriente. Uno ha de pensar que estudie lo que estudie, y descubra lo que descubra, no va a alcanzar un nivel de lenguaje que le dé acceso en exclusiva a la verdad, y desde el que contemple el engaño en el que viven los otros hombres con sus palabras comunes. En definitiva, el tipo de vida que queremos, y de política, ha de ser expresable con palabras de todos los días.

Sigo ahora con los asuntos domésticos del otro día. Si me refería antes a que en cada habitación debía haber algo antiguo o que hubiese pertenecido a otras personas, se me ocurre ahora que en toda casa debería haber también algo recogido de la calle o de la basura. Igual que me sumé a la idea de que no hay que despreciar el centro de las ciudades, permitiendo que se degrade, creo también que hay algo de educativo en desacelerar el paso cuando pasamos junto a uno de esos montones de cosas viejas que se tiran a la basura, y que durante unas horas permanecen expuestos sobre la acera o asomados en los contenedores.

Hay cosas abandonadas frente a los portales que requieren, de vez en cuando, nuestra atención: muebles, herramientas, algunos libros y pinturas, algunas prendas, documentos... Un ciudadano no debería tener escrúpulo en detenerse, remangar su abrigo y dirigir las manos hacia esos desechos. No se debe pensar que hay una barrera entre aquello que somos y la basura de nuestra ciudad. Además, ¿hay algo más distinguido, cuando nos preguntan de dónde obtuvimos un objeto o una pieza de mobiliario, que responder: “Lo cogí de la calle”?

La cita de Orwell que he elegido trata sobre las manipulaciones propias de un lenguaje desfigurado. Dice este autor que “si el pensamiento corrompe la lengua, también la lengua puede corromper el pensamiento”.

Y continúa: “La invasión que sufre la mente por parte de las expresiones prefabricadas [...] solo se puede impedir si uno se mantiene constantemente en guardia frente a ellas y si tiene en cuenta que cada una de ellas anestesia una porción del cerebro”.



Los clásicos griegos advirtieron que no existe la felicidad fuera de la sociedad y de lo público. Por eso, todo lo que uno hace es político y, como a veces se dice, desentenderse de la política es una actitud igualmente política. Así que no es propio de nosotros decir “No me importa” o “No va conmigo”. Uno se pone un calzado adecuado y abre un periódico en una sala iluminada, o lee el artículo de internet que le dé lugar luego a participar de una conversación. Uno baja a comprar por la mañana la bollería del día, saluda a alguien con amabilidad y se pone luego al corriente de algo que haya sucedido en el otro extremo del planeta. El tipo de felicidad que nos es propio está a medio camino de la panadería de barrio y la sección internacional de las columnas de opinión.

Cuando se pasea por las aceras de la ciudad conviene detenerse en algunos de los comercios frente a los que pasamos. Hay pequeñas tiendas o talleres dedicados a oficios de los que uno ha de saber. Hay tapicerías, sastrerías, locales de restauración de muebles o de encuadernación... Hay comercios donde se venden productos raros y específicos. Si se está dispuesto a apreciar las cosas que tienen valor, se ha de conocer los sitios donde se repara esta clase de cosas. Un país enriquecido prontamente y que acaba con todo lo antiguo no tardará en volver a la pobreza de la que procedía, una pobreza entonces redoblada, envuelta en la devastación.

Se ha de tener preferencia por las tiendas y los restaurantes que tengan algo de único o de particular. Son lugares que uno debe frecuentar y hacer propios. No se debe pensar, por otra parte, que es legítimo robar en unos grandes almacenes, mientras que no lo es en un pequeño comercio. Entre lo grande y lo pequeño, en la sociedad que queremos, no hay realmente solución de continuidad.

Copio hoy una cita del diario de Katherine Mansfield. Es de sus últimas notas. Enferma desde una edad temprana, añora la salud. Unos meses antes de morir escribe: “Por salud entiendo poder llevar una vida plena, adulta, viviendo, respirando vida, en contacto estrecho con lo que amo: la tierra y sus maravillas, el mar, el sol. Todo aquello a lo que nos referimos al hablar del mundo

externo. Deseo penetrar en él, ser parte de él, aprender de él, perder todo lo superficial y adquirido y convertirme en un ser humano consciente y directo. Deseo, al comprenderme a mí misma, comprender a los demás”. Unas líneas después termina su diario con: “Todo está bien”.



Lo que quizá haga valiosa nuestra esperanza es que no tenemos ninguna razón para tenerla. El sol se volverá en el futuro una estrella negra y nos absorberá mientras nosotros, como en el banquete final de un Titanic en el que todos supiesen el desenlace, nos seguimos cediendo amablemente el paso en las puertas y nos sentamos frente a la mesa que hemos adornado con flores. El contraluz de los manteles blancos nos servirá para apreciar el color último del vino de nuestras copas.

Volviendo a lo particular, hoy me referiré a que además de la mesa de comer se ha de contar con otra mesa. Esa otra mesa debe tener una buena fuente de luz, orientada, si es posible, de modo que la mano no haga sombra sobre lo que escriba o dibuje. Da igual que habitualmente uno no tenga nada que escribir, o que lo haga con el teclado de un ordenador. A lo que me refiero es que no se debe permitir que esa mesa, que es la mesa de uno, se convierta en una superficie sobre la que se amontone toda clase de objetos, hasta el punto de que carezca de sentido sentarse frente a ella y frente a aquella fuente de buena luz. Uno tiene que tener despejada y dispuesta, como si fuese una pista de aterrizaje de las ideas, la mesa sobre la que un día quizá tenga que escribir una fecha, una carta, una lista o un pensamiento. Y como quien desbroza y limpia regularmente de maleza un descampado, así se ha de tener esa mesa preparada. No importa que, después de haber terminado los estudios, uno apenas la utilice. Primero porque nunca se deja de aprender ni de estudiar. Y segundo, y más importante, porque esa tabla despejada habla del estado de alerta y de expectación en que se ha de vivir.

La cita de hoy tiene relación con lo que decía sobre la esperanza al inicio de esta nota. Es de Jorge Semprún, y es a la vez la cita de una cita. Al final de su vida escribió: “Si tuviera que limitarme a una sola cita –con el riesgo de esquematismo que conlleva siempre semejante elección– para resumir mi moral personal, elegiría la de Francis Scott Fitzgerald, americano, célebre, decadente, apasionado por la literatura...”. La frase a la que se refiere dice: “Así, habría que comprender que las cosas no tienen remedio y sin embargo estar decidido a cambiarlas”.



Sabemos que las cosas más importantes que hayamos de tener nos son dadas. Uno, sencillamente, ha de estar en disposición de recibirlas. Más o menos eso es todo. De igual modo, otros recibirán el fruto de nuestra generosidad. No existe, en todo caso, una balanza para medir lo que uno da y recibe, ni hay equilibrio alguno. Ahí está la gracia, nos dirán, y esa es la fuente de nuestro sentido del humor.

Ya he escrito sobre la inconveniencia de construir la identidad propia sobre el desprecio de eso que se ha llamado las masas, porque su misma noción es antidemocrática. De igual modo, tampoco

aceptamos formar parte de ningún plural basado en la idea de una identidad cerrada o excluyente. Toda verdadera cultura, la que nos incumbe, tiene que tener una proyección universal. Nadie se limita a representar un modo de ser, de hablar o de estar en el mundo, de entre los pueblos y culturas que existen. Lo que representa cada uno es el esfuerzo de un hombre por ser libre. Además, nadie ha de creerse mejor por pertenecer a un plural que sobresalga en términos de economía o de civilización, porque en otras regiones no tan desarrolladas, y que quizá desprecie con mayor o menor disimulo, vive por lo menos una mujer o un hombre que no es peor que él.

En otro orden de cosas, nos dijeron también que, al margen de cuál sea el trabajo de cada uno, no se deben desatender las ocupaciones manuales. Esto no va referido solo a la limpieza de la casa o al cuidado del jardín, sino a arreglos y labores de conservación. Uno ha de tener un rincón ordenado donde guarde lijas, ceras y disolventes. Uno ha de tener una caja de herramientas. Es posible que no dispongamos de tiempo para barnizar un marco de ventana expuesto al sol o para repintar un zócalo, y que hayamos de encargar estas labores a otros, pero uno no debería perder del todo el vínculo con aquel rincón o cuarto trastero donde guarda sus guantes de trabajo.

Además, pueden ser un motivo de recreo esos encuentros con los barnices y las latas de pintura.

Uno ha de procurar, por otra parte, que sus trabajos domésticos no resulten ruidosos o molestos para otras personas. Porque esas manualidades van orientadas, en última instancia, a dar lugar a un espacio de reposo o de concentración. Si uno construye con sus manos un mueble para guardar discos y un rincón agradable para estar, no conviene que olvide que el fin último es oír un disco y estar.

Hay una cita de Ramón Gómez de la Serna que me parece oportuna para estas páginas: “No hay más que la hazaña secreta, la aventura del atardecido”.



Nos enseñaron que a la hora de comer no era de buena educación decir de algo que no nos gusta. No se referían, claro está, a cuando un alimento está malo, sino al “No me gusta” infantil o a las manías traídas de casa. Con el tiempo uno entendía que aquel vencer los prejuicios gastronómicos era también un sobreponerse a los prejuicios de cualquier clase, en cuanto que aspirábamos a ser personas completas. Cerrarse a un plato o a un sabor no está lejos de cerrarse a una idea.

Se podría resumir la cuestión en dos extremos evitables. Uno es el de quien cree que aquellos platos con los que ha crecido, la cocina de su casa o país, es lo mejor que puede existir, siendo lo demás prescindible. Felizmente, esta actitud cerril se encuentra cada vez menos extendida entre nosotros. El otro extremo es el del esnob, el de quien crea sus gustos precisamente en lo que le distancie o distinga del hombre que él considera corriente. Tiende a celebrar lo distinto solo por el hecho de serlo y sin la necesaria reflexión. La actitud propiamente culta sería la de mantener abierta nuestra curiosidad sin exhibicionismo, apreciando cada cosa del mundo en lo que vale. Quizá consista en descubrir que un plato que llevamos comiendo toda la vida es realmente un gran plato, algo que podríamos ofrecer a un comensal de cualquier lugar dispuesto a sentarse a nuestra

mesa. O, al contrario, darse cuenta de que algunas de nuestras preferencias, adquiridas por el hábito, obedecen a una desviación morbosa del gusto.

He escogido de mi biblioteca algunas citas que tienen que ver con la indumentaria y el vestir. La de hoy es de Julio Camba. A propósito de su reivindicación del uso del sombrero, se queja de la rudeza de sus compatriotas: “Algo debe de ocurrir para que, cuando un ciudadano se pone por casualidad de tiros largos, los amigos le pregunten si se le ha muerto alguien”.



Una parte de la vida buena está en conocer nuestra ciudad. Conviene que de vez en cuando uno vaya a un barrio en el que nunca haya estado o camine por una calle que no haya recorrido. Es bonito descubrir plazas y comercios que no sabíamos que existiesen, y tener amigos con los que compartir estos hallazgos. Uno ha de conocer los nuevos restaurantes y participar de un entorno de opinión. Uno ha de visitar la última galería de arte abierta. Y es importante hablar mal de lo que nos parezca malo, sea una película recién estrenada o una obra de teatro, para volver después a ir al cine y al teatro. Salimos una vez y otra de casa y entendemos que quizá sea ese, de un modo amable, nuestro modo de heroísmo.

Se ha de intentar seguir la agenda de la ciudad, asistir a actos donde un hombre tome la palabra, o un instrumento musical, frente a otros. Si uno prefiere prescindir de estas actividades puede hacerlo, naturalmente, pero se debería abstener de justificarse diciendo que no tiene tiempo, porque se sobreentiende que lo normal es no tener tiempo. Está claro que no hay tiempo para sentarse a leer o para asistir a una conferencia, esto son cosas que uno hace porque deja de hacer otras. Son el resultado de una decisión.

A menudo las personas tendemos a dispersarnos y a requerir una atención constante. Sin embargo, desatender en algunos momentos a quienes tenemos cerca puede ser un modo paradójico de atención y de afecto. Tener momentos de silencio, trazar una distancia de autonomía y de intimidad, cerrar la puerta, irse a la habitación que esté en el otro extremo del pasillo —en esas casas que conservan los pasillos largos—, son también modos de consideración hacia los demás. Sí, son modos de cortesía. Por otra parte, sentarse a escuchar un disco, a escribir una carta o a leer, no son cosas que se hagan por simple aburrimiento, debido a estar solos u ociosos, sino que obedecen igualmente a una interrupción deliberada.

La cita de hoy es de Chaves Nogales. En 1928 hizo un viaje por Europa que le llevó al Moscú soviético. Cuenta entonces cómo, con la revolución, en esa ciudad desaparecieron de las calles las prendas que se consideraban burguesas: los chaqués, los encajes, los adornos de los sombreros femeninos... Pero, pasados unos años, las clases medias, tras una década de abstinencia, comenzaron “a sacar tímidamente las viejas prendas tan amadas”. La moda, sin embargo, había cambiado en las demás capitales. Escribe el autor: “Estas pobres mujeres de la clase media creen que, después de los once años de régimen comunista, la moda de Occidente

sigue siendo la misma y portan bizarramente sus toaletas anticuadas con una inconsciencia que da pena. ¡Pobre gente!”.



Es normal mirar hacia delante, pero en las vidas de las personas hay un día en que uno se da cuenta de que ha atravesado cierto eje de balanza, y siente que en cierta manera su peso no alcanza para compensar lo que deja detrás. Esto puede empezar con la muerte de alguien próximo o con una ausencia. Eso se asienta en el ánimo y entonces uno percibe que las muertes que se van acumulando a su alrededor, con el paso de los años, ya no son casos aislados o dispersos, como sucedía antes, sino que se suman compactamente a aquellas pérdidas que quizá pensamos que no era tan fundamentales, hasta dar lugar a una materia densa que por momentos parece atraer hacia sí, aceleradamente, al resto de los cuerpos y del universo. Y de ese modo entonces se ha de vivir.

Seguramente cada uno tendrá motivos para avergonzarse cuando mire hacia atrás y piense en no pocas cosas de las que ha hecho. Bien está tratar de arreglar lo que esté en nuestra mano. Pero, llegados a un punto, se debe dejar de considerar la vida propia como una huida: de uno mismo, de lo que obró, de lo que deseó ser. Uno ha de saber detenerse y reconocer sus propios méritos. Porque el punto de vista sobre las cosas cambia. ¡Esa beca bordada, esa banda de tela que con veinte años a uno le pusieron sobre los hombros en la universidad y que hubiese dejado olvidada de buena gana en cualquier bar, después de la ceremonia a la que acudieron sus padres, y que un día reencontrará entre las cosas viejas de su antigua casa! ¡Esos símbolos que alguien cosió en ella con hilo dorado –la antorcha que representa la luz del saber, la columna quebrada y grecolatina...–, y que antes le parecieron un protocolo insignificante, un trámite convencional que por fin dejabas atrás, se convertirán tal vez, llegado el momento, en algo que le conmueva y con lo que, soplando sobre su polvo acumulado, se sujete al mundo como si aquellas deshiladuras de falso oro fuesen la cuerda más firme que le saliese al paso!

La cita de hoy es de Christopher Hitchens. A propósito del vestir, cuenta en sus memorias que su madre tuvo una tienda de ropa en una pequeña ciudad del Reino Unido. Describe el autor la “callada desesperación” de cierta burguesía de provincias por no quedar apartada de la corriente del mundo y de la moda. La moda, desde luego, ha de ser una fuente de placer, y en ningún caso de angustia, pero a todos nos es fácil imaginar aquello a lo que se refiere Hitchens.

En todo caso, la cita que he escogido se refiere a que nunca se debe renunciar a la facultad de pensar en nombre de un credo o una supuesta espiritualidad. Hitchens estaba en la India trabajando para un documental de la BBC. Después de oír las palabras de un guía espiritual escribe: “En su conjunto, la instrucción era inocua. O lo habría sido, de no haber sido por un letrado que había en la entrada de la carpa en la que predicaba Bhagwan. Este pequeño letrado jamás dejaba de irritarme. Decía: ‘Dejen en la puerta los zapatos y la mente’. Junto a él había una pila de zapatos y sandalias, y en mi trascendente condición pude casi imaginar un montón de mentes abandonadas y vacías alrededor de esta breve sentencia literalmente descerebrada”.



Se ha de amar el oro. No en su acumulación o en la ostentación, sino en lo que representa: la pureza, la nobleza, el ideal. Y también, sí, cierta clase de lujo y de placer. Lo que quiero decir es que se ha de amar la justicia desde el oro, no desde el odio al oro. Y uno ha de regalar en algún momento algo de oro: un anillo –símbolo del amor–, una pluma con plumín de oro –símbolo del alcance de las palabras–, un reloj con algo de oro en su esfera –símbolo del valor del tiempo humano–... Cada uno ha de regalar a lo largo de su vida algo que con su simbología le trascienda a él y a quien va a recibir el regalo, y que en esa misma medida les una.

Después cada cual debe actuar, hacer unas cosas y otras, sin pensar que hay descansos o interrupciones, porque el descanso es también un modo de actividad. El oro no descansa en su ser oro, ni, como se dice, la hierba se detiene en su crecer ni los astros en su girar. Uno, por otra parte, puede traicionar con su conducta la joya que lleve puesta, pero no por eso debe quitársela de encima.

Otros pensarán en el diamante como símbolo de lo inmutable. Hay quien considera que el diamante, en su transparencia, parece no tener contenido, ser una abstracción o una sublimación de la lógica, mientras que el oro es algo pesado, una especie de compactación de la suciedad del universo, siendo esta condición impura lo que lo hace más humano y preferible. El diamante, puede pensar otra persona, es una promesa, un no estar o un señalar con su destello hacia algo, mientras que el oro resulta vulgar por presentarse siendo lo que es, una cosa que pesa. En fin, todo esto son digresiones que quizá no nos lleven muy lejos. Lo que importa es que aquellos materiales son excepcionales y nos sirven para representar lo que tienen de eterno nuestros sentimientos.

Traigo una cita de la profesora Lynn Hunt. Esta autora ha descrito el proceso por el que los derechos humanos se han abierto paso de la mano de pequeños cambios domésticos, como son el aseo privado, los dormitorios individuales o el secreter donde escribir cartas personales. Son objetos, adminículos y estancias los que dan pie al nacimiento de cierta conciencia de individualidad y, con ella, de empatía hacia los otros. Una misma novela, cuando empieza a haber novelas, emociona a la señora en su salón y a la criada, un piso abajo, en la cocina. Es el momento de los asientos individuales en los teatros –en lugar de los bancos corridos–, del *boudoir* donde la mujer encuentra una intimidad... Y describe también, dentro de este progreso, cómo se extiende la costumbre del retrato: “La *physionotrace* constituye una muestra más del interés por representar a las personas corrientes -Jefferson aparte- y captar las diferencias más pequeñas entre una persona y otra. Además, tal como sugieren los comentarios de Sterne, el retrato, especialmente en miniatura, servía con frecuencia como ‘disparador’ de la memoria y ofrecía la oportunidad de revivir una emoción cariñosa”.



La paradoja sobre el conocer, según se expresa desde la antigüedad, dice que uno busca aquello que le falta pero que en cierto modo ya tiene, porque si no, sería imposible empezar a saber nada.

En esta misma línea de aparentes contradicciones, el hombre, se nos dice, busca cierta clase de quietud que se logra con el movimiento. El caso es que, máximas aparte, quizá a veces uno no sienta ganas de hacer nada. Y uno ha de pensar, además, que quien le da consejos no es alguien distinto a él: una persona que según los días se levanta de su silla y, como quien trata de volver a poner en marcha un motor parado, remueve los trajes del armario, los libros de la biblioteca, las macetas de la terraza... En ocasiones uno tiene que sentarse y esperar, y ese será entonces su modo preciso de movimiento.

A propósito de este remover las cosas de la casa, y volviendo al plano de los hábitos domésticos, traigo aquí otra enseñanza heredada: los objetos que nos acompañan han de estar tan puestos en forma como nuestro cuerpo. Salvo que contemos con desvanes donde almacenar baúles con afán de perpetuidad, uno ha de pasar revista regularmente a los armarios, los cajones y las estanterías. De tiempo en tiempo hay que sacar de sus fundas y de sus perchas abrigos y vestidos, como quien se desentorpece un miembro. Y hay que tirar prendas a la basura. Un armario tiene que estar a la vez ocupado y despejado: no puede dar lugar a una congestión o acumulación excesiva, de modo que sacar algo de él, una simple toalla, se convierta en una actividad incómoda y odiosa.

Los libros, por su parte, además de ocupar espacios ventilados, deben ser de vez en cuando recolocados, abiertos, hojeados, revisados en las notas que tomamos y que guardamos en un papel doblado entre sus páginas. Teniéndolos un momento entre las manos los desentumecemos, les corregimos una mala postura. Y es preciso desprenderse también de libros cada cierto tiempo, como se renuevan las células de un organismo —y no me refiero solo a cambiar libros viejos por nuevos, sino también nuevos por viejos—.

El escritor Antoine de Saint-Exupéry describe en su *Carta a un rehén* un episodio relacionado con la moda. Unos anarquistas lo detuvieron durante la Guerra Civil. Saint-Exupéry cuenta cómo el hecho de vestir una corbata estuvo a punto de costarle la vida. Su detención le llevó a pensar sobre el correcto ideario político, unas ideas de las que extraigo la cita: “Si el respeto por el hombre se funda en el corazón de los hombres, los hombres acabarán por fundar, a cambio, el sistema social, político o económico que consagrará ese respeto. Una civilización se funda primero en la sustancia. Empieza siendo en el hombre deseo ciego de cierto calor. Después el hombre, de error en error, encuentra el camino que conduce al fuego”.



Aunque a uno no se le den bien los idiomas, quizá deba considerar seguir estudiándolos, asomándose a ellos, hasta el fin de sus días. Este afán obedece en parte a cierta inconformidad. Antes que cualquier cosa, uno debería aspirar a no ser alguien apartado del mundo, ajeno a los términos en los que fluyen las ideas, por más que luego nos quedemos callados.

Uno habrá oído decir aquello de que los idiomas se aprenden en la cama. Naturalmente, es con una pareja y estando vinculado a la vida como mejor se asimila una lengua, y no mediante cursos y manuales que a menudo conducen a la frustración. Aunque, vencido ese sentimiento, continuar

estudiando lenguas es en sí mismo algo que quizá nos mantenga en una actitud receptiva. En cierto modo, da igual que tal vez no usemos nunca esas palabras. Se trata principalmente de un acto de rebeldía. Nos rebelamos frente a todo lo que en el hombre signifique aislamiento. Y así seguimos abriendo gramáticas de lenguas vivas y de lenguas muertas.

Pero uno no ha de olvidar que la fuerza que nos lleva a estudiar idiomas hasta el final no es precisamente un amor hacia los idiomas y su diversidad. En este punto, diría que me inclino hacia la visión del mito de la Torre de Babel:

la multiplicidad de lenguas sería una maldición, el resultado de un castigo. Así, pues, hemos de estudiar lenguas, pero no para celebrarlas en lo que tienen de camino concluso o de bote de conserva de un modo de ser.

Estudiar idiomas, incluso los más raros, sirve también para descansar, porque hay en esa actividad algo de infantil y de primario, ese aprender a decir “limón”, “tigre”, “hola”. Y la voz de las grabaciones con las que uno atiende a la pronunciación tiene también un componente familiar, de alguien que se dirige a una parte inocente de nosotros.

Por otra parte, llegará un momento en que, debido a nuestra ocupación o a la edad alcanzada, ya no habremos de estudiar idiomas pensando en el futuro o en exámenes, sino en aprobar el presente, el hombre que somos.

La cita de hoy es de Michel de Montaigne. Trata sobre el heroísmo de lo cotidiano: “Porque, dígame lo que se diga, no hay un valor en la calle y otro en la guerra. Soportaría con el mismo valor una enfermedad en la cama que una herida en la guerra, y no temería más la muerte en casa que en un ataque”.



La virtud, se nos explica, no es expresable en términos absolutos, ni se puede describir o formular como una receta o decálogo. La prudencia se consideraba en la antigüedad como una virtud de virtudes, pero no entendida en el sentido actual de moderación o de prevención hacia el riesgo, sino en el de no quedarse corto ni largo, en el de acertar. Por eso la renuncia absoluta hacia algo no se puede considerar virtuosa en un sentido clásico. Michel de Montaigne dedica uno de sus ensayos a un joven y bello toscano, Espurina, quien, cansado de despertar a su alrededor tanto deseo, se desfiguró a sí mismo el rostro con heridas. ¿Se puede llamar a esto virtud? “Tales excesos son contrarios a mis reglas”, escribe Montaigne, entendiendo que aquel acto es ajeno a cualquier sentido de prudencia. La abstinencia completa de algo, el retiro o el ascetismo basado en la simple privación, no serían ideales propiamente humanos. Entiendo que este es el Montaigne humanista del que más se puede aprender, el hombre que se niega a despreciar este mundo. Y adelanto aquí la cita de hoy, que es de nuevo de este autor. Dice de lo que hizo Espurina, censurándolo: “Es en cierta manera morir para huir del esfuerzo de vivir bien”. Y añade: “Acaso es más fácil prescindir simplemente de todo el sexo que mantener una rectitud completa en compañía de la esposa. Y cabe arreglárselas con más despreocupación en la pobreza que en la

abundancia empleada de manera justa. El uso guiado por la razón es más arduo que la abstinencia”.

Hay, además, otro sentido contemporáneo y desenfocado al hablar de la prudencia. Es describir esta virtud como cierta claudicación respecto a los ideales elevados de la juventud, un supuesto pragmatismo al que acabaría conduciendo la edad. Frente a esto, hay que decir que nuestro pragmatismo no es una clase de tibieza, ni es la prudencia en las ideas un mero ceder, un buscar términos medios. Es acertar. Porque, ¿no es el proyecto de vivir un avanzar hacia la decrepitud biológica sin dejarnos vencer por el desencanto?



Como norma común, uno debe desconfiar de quienes se muestran adversos a la tecnología. Quienes añoran un mundo pretecnológico no solo incurren en hipocresías, en cuanto que no suelen desdeñar los avances de la medicina o de otros campos si pueden sacar provecho de ellos, sino que a menudo son los mismos que, llegado el caso, se sirven de la tecnología para atentar contra la sociedad. Se da en ocasiones la paradoja de que quienes conciben la tecnología como una amenaza para el hombre acaban siendo ellos mismos la amenaza.

Volviendo al ámbito doméstico, el principio general es que uno ha de estar en disposición permanente de obtener, para sí mismo y para quienes le rodean, el máximo de bienestar. El orden social es en buena parte un reflejo de lo que sucede en la mesa donde se come, de sus placeres y de sus buenas maneras. Nos enseñaron que la comida es un acto compartido que tiene, también compartido, un comienzo y un final. La mesa, nos decían, no es un tablero al que uno se arrima y del que uno se pueda retirar en cualquier momento. Que comer sea un acto social, comúnmente familiar, nos hace también personas.

Uno oye decir aquello de que la naturalidad nos libera, cuando más bien es la cortesía la que lo hace, costumbres que se han ido adquiriendo, como las propias de la mesa. El plato individual, en lugar de comer todos de la misma fuente, fue un paso adelante. Y lo es el respeto a ese espacio que marca imaginariamente la proyección vertical de nuestro plato, la norma que lleva a pedir las cosas que no tenemos a nuestro alcance, en vez de estirarnos y de extender el brazo o el torso sobre la comida de los otros. El plato es una intimidad ganada, y debe ser defendida frente a lo que, vestido de espontaneidad, resulta una agresión.

Los manuales de urbanidad insisten en que sobre la mesa no debe haber nada que desvirtúe los olores de la comida, como puede ser un ramo ostentoso de flores, porque también se come con el olfato. Se ha considerado que esta norma incluye el humo del tabaco, por lo que no debería haber tampoco ceniceros ni colillas. En esto del tabaco, lo preferible es contar con un espacio propio, un salón de tabacos donde disfrutar de los puros, pipas y cigarrillos. No importa que hablemos de una casa pequeña, porque nos referimos a un rincón o pequeño espacio de butacas y tapicería. Si es en una terraza, debe estar igualmente habilitado, de modo que fumar no parezca una actividad furtiva. No puede faltar en todo caso un buen cenicerero.

De lo que me enseñaron, extraigo que todo lo que uno hace, en la medida en que está bien hecho, tiene algo de ceremonial. Si después de comer nuestros dedos huelen a algún queso fuerte que hayamos tocado, o a algún otro alimento, uno ha de lavarse antes de acercarse esas manos a la cara para fumar, una vez que se haya pasado al espacio dispuesto para los tabacos. Ellos, igual que el café, exigen la misma pulcritud que tenemos con la comida. Y, claro está, uno ha de pensar en abandonar el hábito del tabaco si su relación con él es compulsiva o demasiado dependiente.

Copio una cita de la escritora Claude-Demonde Magny. Pertenece a una carta en la que trata sobre la escritura: “Me siento tentada de darle la vuelta aquí al aforismo de Gide y decir: ‘Sin buenos sentimientos solo se hace mala literatura’, si no temiera que se viera en ello una extraña manera de defender ¡la causa moral!”. Y continúa unas líneas después: “Diría con gusto: ‘Nadie puede escribir si no tiene el corazón puro’, es decir, si no se ha desprendido lo suficiente de sí mismo –y esto vale para las expresiones consideradas como las más humildes, las menos creativas de la literatura: la crítica por ejemplo–. Al igual que no pueden ser buenas, las personas demasiado pagadas de sí mismas no pueden ser lúcidas. Narciso no puede verse tal como es ni conocer a los demás.

Su reflejo se interpone entre él y el mundo, entre él y él”.



Puedo parecer superficial por insistir tanto en las formas o en el apego a las convenciones. Pero se ha de tener presente que a menudo lo interior se sujeta en lo exterior, y no al revés. No existe lo profundo desvinculado de las cosas, de los gestos y las rutinas, de lo que decimos al bajar a la calle. Lo profundo, en cierto modo, es abrocharse el botón de una camisa, es ver ponerse el pijama a la persona con quien dormimos o preparar la cafetera.

Existe lo que uno hace a lo largo de un día. Son cosas que están a la vista, sonidos a los que damos lugar y objetos que movemos con las manos. Esa superficie es nuestra dimensión. No se debe esperar la revelación de un ultramundo, porque lo hondo es el café que hemos preparado, la manera de despedirnos al salir de casa.

Uno ha de ocuparse de cuidar las cosas que tiene, y vuelvo aquí al campo de los objetos. Se ha de saber de qué piel son las prendas de piel que uno viste o calza, de qué árbol es la madera del mueble sobre el que uno se sienta, de qué estilo es la lámpara que uno heredó. De alguna manera, nuestras cosas no acaban de ser nuestras del todo, sino que lo que tenemos es la ocasión de disfrutarlas. A menudo percibimos una intimidad con los objetos que nos rodean, pero son ellos a la vez los que nos fuerzan a estar a su altura.

A uno le enseñaron que con los zapatos valiosos hay que dejar, tras su uso, que la piel y las costuras se restablezcan. Para los periodos de tiempo en que dejamos de llevar un calzado existe la horma, ese molde articulado que lo mantiene en su forma y absorbe su humedad. La horma del zapato, con la madera ajustada a la talla, es una de las mayores manifestaciones de la civilización. Se atiende además a ese aspecto de provisionalidad al que me refería. Y, sí, quizá tenga algo de

humorísticamente fúnebre, con ese guardar nuestra forma cuando no estamos. Si a los hombres célebres se les hace la máscara mortuoria al fallecer, los hombres comunes tenemos en la horma la máscara discreta de nuestros pies.

La cita de hoy es de la escritora Edith Wharton. En su relato *Xingú* describe un pequeño “salón cultural” formado por mujeres. Wharton conocía bien esa clase de reuniones.

Se sirve del humor para señalar hacia una relación más auténtica y valiente con el mundo, que es la que ella busca. Así, dice del grupo de mujeres de aquel salón: “persigue la cultura en cuadrillas, como si fuera peligroso encontrársela a solas”.



Uno debe esforzarse por evitar las frases hechas y los refranes. Cada cual ha de procurar no convertirse en una persona previsible, castiza o graciosa a costa de los demás. Es mejor quedarse callado, o pasar por hosco, que sumarse a ese coro del habla. El refrán, la expresión popular, contiene una parte de sabiduría y otra de pereza y de fatalidad. Igual que un desactivador de explosivos, cada uno ha de seguir la norma de detectar las frases preconstruidas –que conllevan pensamientos hechos–, separar las palabras que llegan a nosotros encadenadas unas a otras. Cada palabra es cada palabra, uno ha de estar prevenido de la anquilosis léxica. Es aquello de que cada uno ha de esforzarse por hablar el lenguaje, en lugar de permitir que el lenguaje hable a través de uno. Esto son cosas sabidas. Deberíamos enjuagar nuestra boca cada vez que oigamos que de ella sale un tópico.

Por otra parte, se han de conocer los cánones de la moda clásica para, si uno quiere, saltárselos después. Una de las convenciones dice que las manos del varón han de permanecer libres. La americana y los pantalones, o el traje, cuentan con bolsillos suficientes para llevar las cosas que normalmente pueda necesitar. Nos explicaban que todo lo que el varón lleve encima y a la vista, aparte de su ropa, es algo accesorio. Me refiero a que un hombre, según el canon, debe identificarse por las manos libres, unas manos prestas a la acción, y no por ninguna otra cosa de la que se haga acompañar. No se consideraría correcto, por ejemplo, llevar un bolígrafo a la vista, en un bolsillo exterior de la chaqueta. Y si uno va por la calle con la bolsa de la compra o con un maletín de trabajo, ha de hacerlo con la actitud, que cualquiera percibirá, de que aquello no deja de ser un trayecto, un porte, y no lo que somos, por más que hagamos ese trayecto a diario, y por mejor que hagamos nuestro trabajo.

La cita de hoy es de Simone Weil. En su ensayo sobre *La Iliada* describe la nobleza del autor a la hora de narrar la guerra, tratando con el mismo respeto a los combatientes de ambos lados. Dice, y es la frase que he elegido: “Apenas se advierte que el poeta es griego y no troyano”. Los guerreros dudan y sufren por igual en ambas líneas. Y esto lleva a Weil a hacer una reflexión sobre la naturaleza del cristianismo: también Jesucristo sufre y duda cuando sabe que va a morir, mientras que parece haber algo desviado y profundamente antihelénico en el gozo con que los primeros cristianos se entregan al martirio. Podríamos concluir que no hay verdadero heroísmo, ni

virtud, donde falta el aprecio por la vida.



Uno ha de confiar en los demás, no se puede ser feliz desde el recelo permanente. Donde no llegue uno, otros podrán llegar. Nuestra política, la vida que queremos, se apoya sobre esta confianza. Por más que presenciemos horrores y evidencias que apuntan contra esa fe, caemos en la cuenta de que en el fondo todo se sostiene sobre una convicción previa, que es la que nos mueve. Siempre hay un espacio para la duda, pero la duda no es el punto de partida, sino que forma parte de la vida buena, de esa confianza anterior.

Uno no debería perder nunca de vista eso que se ha llamado *las clases medias*. A la vez, se ha de tener presente que uno persigue la justicia, no la igualdad –o, dicho de otro modo: se ha de amar la igualdad desde la justicia, no la justicia desde la igualdad–. Cada hombre, en su libertad, ha de contar con posibilidades de llegar ahí donde se proponga. Y uno ha de amar las ciudades. Hay toda una literatura sobre las ciudades y sus clases medias. Chéjov escribió en una carta a su editor: “Es más fácil escribir de Sócrates que de una señorita o una cocinera”. Es difícil además escribir de una cocinera sin quedarse en la sociología, sin convertir ese personaje en una muestra de clase social. Por eso se ha de desear un mundo donde las personas no estén condenadas por nacimiento a un determinado ámbito o a representar otra cosa que no sea a sí mismas.

Uno no puede pretender saber de todo, pero debería poder dar razones de todo lo que hace. Es bueno tener frente a la cama donde dormimos alguna imagen que nos acompañe en el tránsito al sueño y a lo inconsciente. Ha de ser algo bello o digno en algún sentido, como si fuese lo último que uno pudiera ver.

La cita de hoy es de Fernando Savater. Contrapone el término ‘ciudadano’ al de ‘pueblo’, entendido este como una supuesta identidad colectiva, eterna e incompatible con otras. Escribe: “Por lo general, este tipo de ‘pueblo’ siempre apoya sus demandas en las raíces y en el pasado: en cambio, los ciudadanos son desarraigados (de la tradición y de las legendarias genealogías) en busca de un futuro nuevo y común”.



Cada uno, en cierto modo, es el presidente de su país. Uno ha de planificar de vez en cuando salidas en las que visite obras de ingeniería, nuevos puentes, museos donde antes no haya entrado, paradas de tranvía de extrarradios a los que nunca había llegado. Uno ha de detenerse en esas visitas y preguntar. Uno se ha de vestir adecuadamente y, con la mejor compañía que tengamos, disponerse a recorrer las obras romanas que queden en la ciudad, las lonjas renacentistas, los canales y depósitos de agua de la Ilustración. Porque nuestra presidencia no solo afecta al siglo en que vivimos, sino a todos los tiempos, y nuestra indagación incluye, hasta donde nos sea posible, lo que del pasado hemos de conocer.

La ropa que uno lleve, en otro orden de cosas, está para exaltar nuestra condición animal, los homínidos tristes y sexuados que somos. El traje es nuestra celebración, la expresión de una melancolía que convertimos en buenas maneras.

El modo que uno tiene de abrocharse los botones, de llevar una chaqueta, debe ser la manifestación de todos estos asuntos. No ha de servirnos una alegría postiza o sectaria. El buen ánimo del ciudadano va acompasado con su propio e íntimo desconsuelo, uno atiende a sus enfermedades y asiste a fiestas sin solución de continuidad, hecho a la idea de que su alegría no depende, en última instancia, de cómo resulten finalmente las cosas. Y es eso más o menos lo que reconocemos en alguien cuando decimos que es elegante.

El aristócrata Volkoff añoraba el mundo en el que el viajero, a diferencia de la época moderna, notaba cómo cambiaba todo “de quince en quince quilómetros”, desde las formas de vestir a las de hablar. Era el mundo de antes. Sin embargo, no es esta la mirada aristocrática que uno debe seguir, porque nosotros, si bien amamos la diversidad, rechazamos la que es el resultado del aislamiento de las pueblos y de su ignorancia.

La cita de hoy es de Ayaan Hirsi Ali. Esta somalí, educada en el islam y emancipada luego en su pensamiento, escribe: “El hecho de que no exista ningún Spinoza, Voltaire, J. S. Mill, Kant y Bertrand Russell islámicos no es óbice para que los musulmanes no puedan utilizar las obras de esos pensadores”. Explica entonces que leer a estos autores sigue interpretándose por muchos de su antigua comunidad como una deslealtad. Y concluye: “El hecho de que nosotros no tengamos unos hermanos Wright islámicos, ¿nos impediría acaso volar?”.



Me he referido antes a la norma de la que hablan los manuales antiguos de caballería, según la cual los hombres deben ir con las manos desocupadas. Esto tiene una raíz clasista que no va con nosotros, en cuanto que da a entender que es el criado quien lleva la carga o hace los portes. Pero, más allá de este aspecto, hay algo en esa costumbre que sí nos afecta: nada de lo que lleve el hombre en las manos le identifica. Las manos han de sujetar quizá otras manos, o ir recogidas, dispuestas para la acción, para una intervención en el mundo. Cada persona que camina por la calle debería transmitir esta disposición. Uno no debería llevar a la vista, por ejemplo, un libro, si puede evitarlo. Porque, además, nuestra actitud como lectores no es expuesta. Desde luego que uno ha de leer, pero como un hombre, no como un lector. Y así con el resto de las cosas.

También me he referido a que uno ha de procurar tener un jardín con árboles de sombra y pérgolas, y un banco de madera que sirva de mirador. Si uno no puede tener un jardín así, como probablemente suceda, ha de disponer en un rincón de su casa unas macetas o jardineras, ahí donde entre una luz buena y tamizada; y ha de tener en ese lugar una alfombra que resulte cálida y un sillón que pueda mover, como se acomodan también las hojas de las plantas según las horas del día. Si tampoco cuenta con ese rincón de luz tamizada, uno podrá poner una maceta junto a la silla en la que está, y atender a la tierra que rodea el tallo de la planta como si ciertamente fuese un

terrateniendo que recorre su finca de recreo. Y tenga un jardín, rincón o maceta, hace de eso un centro desde el que proyectarse al mundo.

La cita de hoy es de Félix Romeo. Escribió un artículo contra el desprestigio de la emoción en la literatura moderna. Dice: “No entiendo la novela sin la emoción, sin el estremecimiento, sin el temblor (de dolor o de placer). No entiendo la escritura sin emoción, sin estremecimiento, sin el temblor. Dejaría de leer si lo que leo solo me atañera por razones intelectuales”.



No voy a decir que todos los varones deban afeitarse, porque hay bigotes bonitos y barbas atendidas y no necesariamente inciviles. Pero, en caso de duda, creo que uno ha de inclinarse por el afeitado. Dejar al descubierto el rostro es también mostrar, en el buen sentido, nuestro desamparo. La barba es lo natural, se podrá objetar, pero no se debe olvidar que lo humano no se ciñe precisamente a lo natural. Lo humano es vivir con leyes, por ejemplo. Y no solo porque las necesitemos por ser malvados, sino también porque deseamos ser justos y mejores. No queremos vivir siendo esclavos de nuestros vínculos de sangre y de nuestras tradiciones.

Al pensar en la Grecia clásica nos vienen a la cabeza filósofos y personajes barbados, pero, según leemos, aquel fue uno de los lugares donde empezó a hacerse popular el afeitado, algo que retomará la Roma precristiana, hasta hacer de esa costumbre una de sus señas de identidad. El romano, a menudo cruel y hedonista, envidioso y amante de los espectáculos sangrientos, el romano, con sus esclavos y sus conspiraciones, es después de todo un hombre que se afeita. Rodeado de barberos sicilianos, es como si sus grandes proyectos de ingeniería, esas llanadas que dispone para la edificación, fuesen algo vinculado a lo despejado del rostro. Como si aquel continuo rasurado hubiese terminado por abrir el viaducto de la civilización.

Uno, al afeitarse, es consciente de que aquello tiene algo de ceremonial, a la vez que procura que resulte un hábito placentero. Uno ha de detener el tiempo, aunque no disponga de mucho, en esos gestos diarios que lleva a cabo frente al espejo del baño. El afeitado tiene que ser algo que despierte en un niño, viendo aquello, el deseo de hacerse mayor. Se ha de procurar siempre que haya alguna cosa en lo material que dé grandeza a esa pequeña actividad, un mango de madera que sujete la cuchilla, o el sonido que hace un frasco de cristal sobre el mármol o la porcelana de la pila. Uno se ha de recrear en esas sensualidades. Y si solo se cuenta con una palangana de plástico y un suelo de tierra, uno ha de hacerse igualmente con una piedra o tabla lisa donde disponer los adminículos, como el comienzo de algo.

La cita de hoy es de Soledad Puértolas. Habla en uno de sus ensayos de los escritores norteamericanos de relatos. Dice que ellos hicieron de lo cotidiano, de “el trayecto que va al supermercado”, su territorio. Escribe: “Mientras los ejércitos de los países, por encima de nuestras cabezas, se enzarzan en guerras feroces, mientras que representantes de los gobiernos se reúnen para sostener inacabables conversaciones, tal y como puntualmente nos informa la prensa y

vemos por la televisión, ellos escogen el pedazo de mundo que conocen mejor, la clase media, y centran su atención en el cuarto de estar, el patio y la cocina”.



Hay que celebrar lo pop: la producción en serie, los artículos al alcance de todos, el criterio de lo útil, el fin del predominio de lo exclusivo –aquello de que el refresco de cola que bebe un millonario es el mismo que bebe cualquiera–. Pero, a un tiempo, uno ha de tener alguna cosa a su alrededor que sea única, objetos que uno custodie y que se han de conservar hasta que, valga decirlo así, se pierdan en las llamas de un incendio o en las aguas de un naufragio. Algo que quizá mañana otros que no supieron de nosotros guarden y sostengan en sus manos. Los objetos y las edificaciones, cuando son bellos y bien pensados, dan pie a cierta hermandad entre los hombres.

Uno ha de mandar imprimir también, de vez en cuando, fotografías que almacene en aparatos electrónicos, y hacer de ellas un objeto, algo que pueda ensuciarse, meterse dentro de un sobre de regalo, fijarse con colas adhesivas en un álbum. Guardadas en cajones o entre las páginas de un libro, enmarcadas o extraviadas en mudanzas, aquellas imágenes son también exclusivas y, a su manera, antes de desaparecer, cumplen una particular función.

En otro orden de cosas, uno no ha de sumarse a ideologías que excluyan a una parte de los seres humanos. Conviene repetir aquello de que los logros en los derechos de las mujeres no son una cosa de mujeres, o donde solo intervengan mujeres, del mismo modo que los derechos de quienes eran antes esclavos o marginados no son una conquista meramente suya. Son un logro de la sociedad. En última instancia no hay una lucha entre hombres y mujeres, o entre pobres y ricos, sino entre el bien y el mal.

La cita de hoy es doble, aunque apunta a una misma dirección, que es la del heroísmo mal entendido, aquel que mira antes a lo extraordinario que a lo propio de cada día. Alexandr Herzen anotó en sus memorias esta triste observación: “Al mundo latino no le gusta la libertad; lo que le complace es luchar por ella”. Kaouther Adimi, por su parte, describe a los jóvenes de su barrio argelino juntándose al anochecer para jugar al dominó, fumar y, entre aquel humo ocioso, pronunciar grandes discursos sobre su país. Y la escritora, amargamente, apunta: “Cuando no hablan de abandonar el país, hablan de morir por él”.



A veces es preciso escribir en un papel, como si fuésemos niños, unos cuantos buenos propósitos. Uno hace después por cumplirlos y, pasado el tiempo, tira aquel papel a la basura. No hay que tener vergüenza por que otros den con él entre nuestras cosas, ni se ha de preocupar uno de pasar por tonto. Y, así, igualmente es preciso escribir a otros de vez en cuando.

Uno, del mismo modo que ha de confiar en los demás, ha de aprender a estar solo. Cuando uno está bien y está a solas permite que el mundo descanse un poco, incluso de uno mismo.

Nuestro jardín puede estar en cualquier lugar. Esa vista que uno tiene a un tejado pequeño de tejas antiguas, distintas cada una de ellas, coloreadas delicadamente por la intemperie y los líquenes, es nuestro jardín. O la maceta grande, también de barro, que estaba ya en la casa cuando llegamos, con su fondo oscuro de la humedad del agua con la que la que has sido regada, con sus exudaciones blanquecinas del salitre y su parte alta de un naranja vivo, es nuestro jardín, nuestra mansión.

Seguramente le corresponderá a uno limpiar. Físicamente, quiero decir: frotar, aspirar, sacudir, ponerse unos guantes para el sulfumán. Hay asuntos sobre los que uno igualmente escribe en un papel: una lista de compra, una nota sobre arreglos pendientes... Uno tiene que reponer una bombilla y desbrozar y ordenar un patio trasero. Quizá uno tenga que disponer las cosas para que la vida fluya, como si, después de todo, algo, que no sabemos qué es, tuviese que suceder.

La cita de hoy es de Steven Pinker. Para su defensa de la libertad de expresión, y del derecho a la sátira y al humor, se refiere en uno de sus artículos al cuento de *El traje nuevo del emperador*. Dice: “Cuando el niño gritó que el emperador estaba desnudo, no estaba diciendo nada que los demás no supieran ya, nada que no pudieran ver con sus propios ojos. Pero sin embargo estaba cambiando su conocimiento, porque entonces todos supieron que todos sabían que el emperador estaba desnudo. Y ese conocimiento común les envalentonó para retar a la autoridad del emperador con sus risas”.



Todo se resume en un combate contra la nada, en levantar diques contra la nada, como se hace en esas tierras bajas que viven bajo la amenaza de la inundación del mar. Es difícil tratando de esto evitar palabras comunes: el mal, el bien, el amor... Esa lucha es tan real en la vida de los hombres como cualquier fenómeno de la física. No siempre uno la percibe, a menudo pasan los días o los años como si todo fuese el resultado de un estado de las cosas, de cierta inercia, hasta que de pronto descubrimos a nuestro lado algo que nos llena de pavor: alguien cercano a quien nos cuesta reconocer, un cambio brusco en nuestro país, un rincón querido de nuestra ciudad echado a perder ante la indiferencia de todos... Los hombres que entre cadáveres combaten en una guerra tampoco pueden dejar de pensar en que muy poco antes convivían en paz.

Cuando éramos pequeños nos dijeron que al entrar y salir había que saludar, que había que decir “Hola” o “Buenos días”, y “Adiós” y “Hasta mañana”. Uno comprende después que el saludo muestra una disponibilidad, la nuestra, en el enfrentamiento contra la nada. Esa disponibilidad queda prolongada con la despedida. Más o menos se trata de que los demás sepan dónde encontrarnos. La cortesía, las convenciones, son cosas que en última instancia van orientadas hacia cierto tipo de rebeldía o de insumisión. Posiblemente al final uno se halle en un sitio distinto del que partió, y con los años modifique algunas de sus ideas, pero, bien pensado, lo que quizá importe es que haya hecho ese camino saludando, dando los buenos días y las buenas noches.

Porque al fin y al cabo se ha hecho más por la revolución –la que de verdad cuenta– levantando el sombrero de nuestras cabezas para saludar que cortándolas.

Es común repetir aquella cita de que hay más diferencia entre unas personas y otras que entre algunas personas y algunos animales. Y es verdad que la frase tiene algo de arrogante y de antipática, porque, para empezar, quien la pronuncia es siempre alguien que se sitúa en el plano superior. Pero la frase apunta hacia una idea esencial, y es que lo que de valioso hay en el ser humano no le viene por su pertenencia a la especie, sino que es algo conquistado y transmitido.

Extraigo la cita de hoy del discurso que Bob Dylan hizo leer cuando le dieron el premio Nobel de literatura. Dice en esas pocas páginas que para él es más difícil tocar en un concierto donde hay cincuenta personas de público que cincuenta mil, porque toda persona “tiene una identidad separada, individual, un mundo dentro de sí”. Pero la reflexión que quería traer aquí se refiere a las pretensiones de todo creador y, yo diría, de cualquier persona que hace algo en la vida. Alguien trata de resolver problemas y de hacer las cosas bien, y eso es todo. Las grandes palabras, *literatura*, *arte*, no pertenecen a nuestro ámbito. Cuenta Dylan: “Estaba de gira cuando recibí esta sorprendente noticia, y me llevó más de unos minutos asimilarla cabalmente. Comencé a pensar en William Shakespeare, la gran figura literaria. Yo diría que él se consideraba a sí mismo un dramaturgo. La idea de que estaba escribiendo literatura debía de ser algo ajeno a su mente. Sus palabras fueron escritas para el escenario. Pensadas para ser habladas, no leídas. Estoy seguro de que cuando escribía *Hamlet* estaba pensando en una multitud de cosas: ‘¿Quiénes son los actores adecuados para estos papeles?’, ‘¿Cómo debe ser llevado esto a escena?’, ‘¿De verdad quiero que transcurra en Dinamarca?’. Sin duda su visión y sus ambiciones creativas estaban para él por delante de cualquier cosa, pero había también otros asuntos más mundanos a los que atender y de los que tratar: ‘¿Está en regla la financiación?’, ‘¿Hay suficientes asientos para mis patrocinadores?’, ‘¿Dónde consigo yo un cráneo humano?’. Apostaría a que lo último que Shakespeare tenía en la cabeza era la pregunta: ‘¿Es esto literatura?’”.



Muchas de las cosas que uno hace pueden parecer inútiles o absurdas a ojos de los demás, pero a veces con el tiempo uno encuentra un sentido en ellas. El hombre, siguiendo aquella vieja metáfora, está hecho de una madera torcida. Y es con esas torceduras como quizá al final damos lugar a algo que puede pasar por recto. Hay quien lleva esto a cierto pragmatismo, así como a desconfiar de las utopías.

Tratando de cosas aparentemente inútiles, es oportuno hacer referencia al hábito del coleccionismo. Coleccionar alguna clase de objetos –sellos y monedas, lámparas de tal o cual estilo, libros, latas de refrescos...– tiene algo de infantil, de inmaduro, es una cosa que produce cierto pudor. Y también en algunos momentos avergüenza al coleccionista adulto la avidez y la ansiedad que su afición le provoca, así como su afán por conservar objetos que no necesariamente tienen un valor material. El coleccionismo, por tanto, debería parecer impropio de una

personalidad bien formada y de alguien desprendido. Puede además parecer un hábito carente de valor pedagógico. Pero quizá no sea así. Se me ocurren muchas razones por las que coleccionar –yo también me considero un coleccionista–, pero me quedaré con una: la colección es una llave que nos conduce al mundo, un pretexto. Sabemos que, a fin de cuentas, nuestra colección acabará dispersándose, mal vendida o, directamente, en un cubo de basura. Lo que importa es que a nosotros nos ha ayudado a mantener cierta clase de erotismo con la realidad, a viajar y, por asociaciones imprevistas, a adquirir conocimientos con los que no contábamos. El coleccionista que pasea por los mercadillos de viejo de las ciudades, que busca en internet o entra en anticuarios y en tiendas de discos de vinilo, termina dando con algo con lo que no contaba y mantiene –sí, quizá a través de un impulso desordenado– una tensión y un amor hacia las cosas. Una sociedad respetable está siempre atravesada, como la urdimbre oculta de un tejido, por pudorosos coleccionistas. Porque, a fin de cuentas, no es el mayor pecado del hombre sus faltas contra el mundo, sino su indiferencia hacia él.

La cita de hoy está sacada de una carta de Oscar Wilde. Pertenece a una página sobre la que me llamó la atención una persona que, como Wilde, pasó por la cárcel. Empieza diciendo: “Aprendí en la cárcel a ser agradecido. Antes consideraba el agradecimiento una carga”. Wilde se dirige en esa carta a un amigo que estaba dolido con él por no haberse servido de su habitual estilo ocurrente en una carta anterior de agradecimiento. Le escribe entonces: “Pero debo decir una vez más que yo no hago *roulades* de frases ingeniosas sobre mis sentimientos profundos. Cuando te escribo directamente hablo directamente. Las variaciones de violín no me interesan. Te estoy agradecido. Si eso no te basta, entonces no comprendes lo que tú, entre todos los hombres, tendrías que entender: cómo la sinceridad del sentimiento es su propia expresión”.



La casa de cada uno debe estar dispuesta para tener invitados. La casa de cada uno nunca es solo su casa. Uno la tiene a su gusto, y el desorden quizá se apodere de habitaciones enteras, pero no será una casa si no hay en cada momento del día un espacio donde se pueda hacer sentar confortablemente a alguien de fuera.

Es posible que durante mucho tiempo nadie nos visite, que no esperemos una llamada al timbre, pero eso no nos exime de la necesidad de mantener despejado, disponible, un sillón donde poder hacer sitio a un invitado. Ese asiento que uno mantiene libre de sus cosas es como una ventana que no se ha de cerrar.

Conviene entonces tener un mueble con bebidas, con vasos y con posavasos. Se ha de contar con tazas para infusiones, que hay que servir con un platillo debajo –no solo porque se apoya en él la cucharilla, sino porque sobre esos platos de fondo se sostiene el mundo y su cortesía–.

Tal vez uno haya crecido con un sentimiento de antipatía hacia el *cuarto de visitas* de su casa familiar, porque lo asocia a cierta hipocresía o artificiosidad. Pero se ha de pensar que es preferible algo de hipocresía a una puerta cerrada. Así, uno tiene que invitar a personas a comer,

debe abrir una botella de vino y beber y oler ese vino en su vaso al mismo tiempo que otros. Uno ha de oír un disco con otros en el salón de su casa. Uno ha de ver con otros una serie de televisión. Uno ha de tener una ventana con vistas a la que se asome con otros –no importa que las vistas no sean gran cosa–. Uno tiene que hablar un poco de política, de cine y de asuntos de actualidad. Uno debe mostrar, al abrir la puerta de su casa, que hay una persona disponible. Y, una vez que se haya despedido, tiene que volver a dejar despejado y ordenado ese cuarto de estar.

La cita de hoy es de Karl Popper. Frente al Estado totalitario –como en buena medida es el ideado por Platón–, este autor propone en lo público un avance progresivo, abierto y basado en la individualidad. Escribe: “... es mucho más conveniente que la moralidad del Estado sea controlada por los ciudadanos y no a la inversa. Lo que queremos y necesitamos es moralizar la política y no hacer política con la moral”.



Enamorarse, ser querido, contar con otro, es una de las cosas buenas que nos pueden suceder en la vida. Sí, la intimidad corporal, el sexo, descansar en otra persona, todas esas cosas que forman un conjunto difícil de definir y cambiante, pero que es a un tiempo algo firme y fundamental en nuestras vidas. Sabemos, por otra parte, que el enamoramiento no es ninguna clase de sanación, y que nadie se hace del todo merecedor de esa clase de amor. Es más bien algo para lo que, sencillamente, uno se pone en disposición.

A veces el enamoramiento hace que nos sintamos ridículos, con todos los convencionalismos que rodean el cortejo y sus frases hechas, con los pasos de baile y los corazones de papel de regalo, pero uno ha de pensar que hay que estar abierto a aquello que nos excede, a aquello que no entendemos o que nos parece algo cursi y ajeno. Uno ha de pensar que es objeto de risa, más bien, quien no da el paso adelante hacia eso que le turba, ese sonrojo primero de presentarse delante de los demás cogido de la mano de otra persona. Las costumbres y rituales del amor varían con las décadas y los siglos, y quizá no debamos pretender darles una forma definitiva. No hay dos maneras iguales de amor, pero todos sabemos más o menos lo que es el amor. Se viene a decir que es un tipo de caída a sabiendas, un lanzarse en el trapecio confiando en los brazos del otro. En fin, sirven aquí todas esas metáforas que llenan las canciones.

Cuando en estos textos he tratado sobre el amor, no me estaba refiriendo al amor de pareja en particular, sino a uno más general. Pero hoy es a ese al que me refiero. Uno no fracasa por no encontrarlo en la vida, pero sí por haber dado la espalda, cuando es por orgullo o desidia, a su posibilidad. Posiblemente tener una pareja le proporcione a uno eso que un psicólogo o un especialista de las emociones llamaría *equilibrio*. Sin embargo yo aquí dejo aparte estas cosas de las que tratan los profesionales del bienestar. Yo me refiero más bien al otro aspecto, a que si algo es el amor es precisamente un desequilibrio, como corresponde a la paradoja de lo humano. Por eso, a uno le corresponde amar y olvidarse de lo demás.

La lectura que traigo en esta ocasión es de Djuna Barnes. Esta autora retrató en sus artículos el Nueva York del primer tercio del siglo xx. Cuenta cómo son sus calles, sus lugares de ocio y sus multitudes. Describe una playa de Coney Island, cómo por la mañana de un día festivo se dirige a ella “una línea sin fin de buscadores de placer”. Pasan por sus párrafos los juegos de los niños, la arena pegada a la espalda, los vasos de limonada y los pretzels. Y termina, en una síntesis amable de la vida –una vida novedosa y moderna–, describiendo el viaje de vuelta de aquella multitud en autobuses repletos, con los diálogos que llegan entrecortados:

—¿Está dormido el niño, madre?

—Sí.

—¿Estás cansada, madre?

—Mucho.

—Bueno, pero lo hemos pasado bien.



Es importante contar con una buena papelería. Hablo de una tienda donde se expongan cuadernos, estuches, carpetas, libretas, tintas... Uno ha de ir de vez en cuando allí y hacer un pequeño gasto. Aunque lo de menos es el gasto, lo que se compre, porque lo que cuenta es pasar un rato entre las hojas limpias de aquel establecimiento, esas páginas pautadas y cosidas, dispuestas para un trabajo hecho con cuidado; y oler discretamente las gomas de borrar, los plásticos de los forros, los pliegos encerados; y abrir un estuche de pinturas en perfecta alineación, o de un compás expuesto en ángulo. No se trata solo de que aquello nos despierte la nostalgia de nuestra época escolar. Más bien es la llamada a cierta vida buena que hay en la pulcritud de esa mercancía. Todos aquellos instrumentos de dibujo, de clasificación y de escritura son una invitación a ordenar el mundo, a reconsiderarlo y a reproducirlo. Y son una llamada igualmente a cierto silencio, al trabajo individual y a una concentración que, en último término, nos une más íntimamente a los demás. Uno ha de pensar que esa concupiscencia hacia las papelerías, hacia los comercios igualmente de pinceles, óleos y acuarelas, viene de siglos atrás: ese recrearse en los mostradores de vidrio mientras la mente se proyecta a través de la contemplación de los pigmentos. Al final, desde luego, lo que cuenta es el resultado de nuestras obras –una buena pluma no hace un escritor–, pero ese placer intermediario tiene también un valor en sí, y exige una consideración, una asiduidad. De modo que, sí, uno ha de ir a veces a la papelería, o a ese rincón de una tienda de barrio donde se venden libretas anilladas, y detenerte un momento en los propósitos que vienen a la mente cuando se pasa el dedo por el blanco del papel.

Es preciso también tener un cuadernillo propio en el que redactar listas de todo tipo, direcciones de lugares donde se ha estado y donde no, nombres de restaurantes, títulos de composiciones musicales y de libros, platos que probar. Y puede ser oportuno tener una agenda, aunque uno debe evitar vivir demasiado pendiente de ella. Ya se ha dicho que, según la consideración clásica, un caballero debe procurar no llevar nada encima, porque lo que lleva encima es el mundo. Por eso

uno ha de hacer por no cargar con una agenda voluminosa allá donde vaya, como si fuese un empleado de sí mismo. En nuestros días quizá valga con un pequeño dispositivo electrónico. Es conveniente, en todo caso, organizar los quehaceres de un modo útil.

La cita de hoy es el comienzo de *Las pequeñas virtudes*, el ensayo de Natalia Ginzburg: “En relación con la educación de los hijos pienso que se les debe enseñar, no las pequeñas virtudes, sino las grandes. No el ahorro, sino la generosidad y la indiferencia respecto al dinero; no la prudencia, sino el valor y el desprecio del peligro; no la astucia, sino la franqueza y el amor a la verdad; no la diplomacia, sino el amor al prójimo y la abnegación; no el deseo del éxito, sino el deseo de ser y de saber”.



Los poetas y los filósofos de lo cotidiano, o los amigos que alguna vez nos dieron un consejo, vienen a decir que las personas hacen las cosas desde un centro. Es como una caldera cuyo fuego uno debe alimentar con cada cosa que haga, estudie o vea. Nada se puede aprender de verdad si no es desde un centro. Ni nada de lo que uno haga, nos dicen, vale de verdad la pena si no está hecho desde ese fuego.

No se debe pensar que el éxito de nuestros proyectos depende principalmente de eso que se viene a llamar hacer contactos, el tratar con personas influyentes o simpatizar con quienes nos dan acceso a otros. Todo esto puede convertirse en una fuente de resentimiento, ese compararse con los de alrededor y atribuir nuestros fracasos a la posición en un grupo antes que a nosotros mismos. Quien espera a situarse en la sociedad para hacer algo quizá nunca empiece nada. Habrá quienes partan con ventaja, es innegable, pero eso no debe ser el eje de nuestra consideración. Suele importar más que los pasos que demos estén dados con convicción, por pequeños que sean, y que una curiosidad despierta nos vaya llevando de unas cosas a otras, y a las personas que quizá, ciertamente, uno deba conocer. Si todo va bien, otros tal vez nos vean un día a nosotros como un contacto. Y uno sabrá entonces reconocer, entre las personas que se nos acerquen, a quien tiene un centro propio, aquel con quien vale la pena detenerse a hablar.

Quien es feliz apenas sufre de envidia, y da por su cuenta los pasos que tenga que dar. Pero a quien echa a perder su centro le puede suceder como a aquella persona de quien el escritor Francisco Umbral decía que con todo el tiempo que había dedicado a fingir que tenía una cultura, bien podría habérsela hecho de verdad.

La cita de hoy es del filósofo Immanuel Kant. Se suele hacer referencia a ella frente a quienes entienden que la educación es una mera capacitación laboral, algo ajustado a las necesidades de la sociedad de cada momento. Dice: “Los padres piensan en su casa, los príncipes piensan en su Estado. Ni unos ni otros tienen como fin último el bien universal y la perfección a la que la humanidad está destinada y para la cual posee también disposiciones. Sin embargo, la concepción de un plan de educación tendría que recibir una orientación cosmopolita. ¿Acaso entonces el bien universal es una Idea que puede dañar nuestro bien particular? ¡En ningún caso! Pues incluso si

parece que hay que sacrificarle algunas cosas, en el fondo siempre se trabaja mejor por el bien presente si se sirve a esta Idea”.



Uno debe ser alguien distinguido, pero no debe buscar distinguirse de los demás. La distinción ha de ser el resultado de una indagación propia, no del menosprecio hacia el resto. El esnob mal orientado, el que trata de destacar situándose sobre los otros, paradójicamente necesita de los otros para ser quien es. No ha de ser esa la actitud de uno, a menudo tan provinciana. Me refiero a la de quien hace ostentación de taparse la nariz para no oler la mediocridad que le rodea. Esa manera de ser lleva también a buscar cómplices, de modo que uno encuentra a grupos de personas perdiendo la oportunidad de usar sus dos manos en algo útil, ocupados como están en su postura ridícula. Ante quien viene de fuera estas personas se preocupan, entre risas ahogadas, de que no se les confunda con su entorno, sin caer en la cuenta de que a menudo, a los ojos de un forastero culto, son ellas precisamente la expresión más exacta y desesperada de aquella mediocridad.

Cuando uno viaja a otras ciudades ha de procurar llevar a cabo algún itinerario propio, al margen de los que aparecen en las guías. Uno toma entonces notas en cuadernos donde queda registro de esa exploración y de sus descubrimientos. Pero a la vez uno no debe rehuir lo que es considerado turístico, porque no está ahí su distinción. De modo que no se ha de dudar a la hora de subir hasta lo más alto de la Torre Eiffel y compartir nuestra alegría con quienes tengamos al lado, o de montar en cualquiera de los barcos de recreo que recorren los ríos de las grandes capitales y, cuando se acerque el camarero, de brindar con esos desconocidos que se han sentado junto a nosotros.

Haga uno lo que haga ha de hacerlo por sí mismo, así como lo que deje de hacer. No vale poner como excusa el pueblo o la pequeña ciudad donde nos ha tocado nacer, o las costumbres y la religiosidad del entorno, o la opinión de la familia, para justificar amargamente nuestra conducta. Tal vez la realidad no sea como nos gustaría, pero es con la que hemos de tratar. En todo caso, y quizá esto sea lo principal, uno ha de pensar que lo que haya de cambiar del mundo no es contra el mundo, sino desde él.

La cita de hoy es del escritor Corpus Barga. En 1936 publicó un artículo donde venía a decir que una cosa es París –la ciudad cosmopolita, sentimental e inquieta que él admiraba– y otra Francia. Se refería con esto último a ciertas actitudes conservadoras y nacionalistas. Escribe de París: “Siempre habrá una muchacha que alzaré el paraguas, en vez de cubrirse con él, para besar a un hombre”. Y concluye: “Desde luego, no hay que confundir las naciones con las ciudades. Las naciones pasan y las ciudades quedan”.



Los manuales sobre buenos modales dicen que a la hora de brindar se debe alzar la copa sin hacerla chocar con otras. Así es costumbre en los banquetes oficiales, y seguramente habrá

razones para ello. En nuestros brindis familiares y amistosos, en cambio, no dudamos en buscar el sonido del contacto de los cristales, como un beso alegre. No renunciamos a aquella vibración que queda en la atmósfera y que simboliza cierta clase de afirmación. De las dos maneras se ha de saber brindar.

Aunque, por otra parte, no siempre se ha de brindar. Porque el brindis es una clase de asentimiento, y no ante todo se ha de asentir. Habrá alguna ocasión en que, con todas nuestras buenas maneras, deberemos decir *no*, y dejaremos la copa en la mesa sin levantar. El brindis, por liviano que parezca, es de las cosas que más peso tienen sobre el mundo. Brindar indebidamente es una clase de blasfemia, un choque de copas así hace un poco venenoso el sorbo de todos. Los demás han de saber de nosotros que somos personas que podrían levantarse de la mesa sin terminar su bebida.

Uno ha de estar prevenido de que, igualmente, otros quizá no quieran un día brindar con nosotros. Uno a veces se abandona o se pierde, y se sorprende quizá entonces de las reacciones de los demás, porque piensa que en él nada ha cambiado. Y es posible que sea esa precisamente la cuestión: nuestra inmovilidad. Las cosas que antes resultaban graciosas de nosotros se convierten en siniestras, porque las circunstancias han cambiado y nosotros no lo hemos hecho con ellas. Ese punto muerto en el que se puede caer contagia de muerte lo que toquemos, y nadie querrá entonces nuestra complicidad.

La cita que he elegido hoy es del escritor Saul Bellow. Ya anciano, cuenta en una carta cómo son sus días en Vermont, entre sus obligaciones y sus paseos en bicicleta. Escribe: “Ciertas peculiaridades de toda la vida persisten. Sigo trabajando en ellas sin creer que llegue a alguna parte. Es un juego divertido el que juego. Por poner un ejemplo inocente, hace sesenta años que descuidé mi latín, y ahora me obligo a corregirme leyendo los ‘comentarios’ de César. No es un trabajo que se me dé mal, pero realmente no puedo explicar por qué lo hago. Sin embargo, es el tipo de absurdo que me divierte”.



Uno ha de contar con una sastrería. Se ha de conocer una dirección a la que acudir para hacer un arreglo en una prenda o para que a uno le tomen las medidas de cara a un encargo, como puede ser un traje. Será un local al que nos harán pasar y donde posiblemente nos ofrezcan un asiento, porque lo habitual es que el sastre esté ocupado o atendiendo a otro cliente. Uno ha de entender que en ningún caso estas esperas son una pérdida de tiempo.

Es mucho lo que se aprende en un lugar así.

Cuando a uno lo atiendan, ha de mostrar interés por conocer los tejidos que le irán mostrando. A través de alfombras y moquetas le conducirán después hasta un espejo de cuerpo entero. Es una ceremonia que en cierto modo nos conduce a nosotros mismos y que exige una mezcla de ligereza y de seriedad. Lo que un hombre es, en buena medida, está en el espejo de la sastrería. Es el

sastre, antes que el médico o cualquier otro profesional ante el que nos exponamos, quien pone al descubierto nuestra categoría.

Se ha de permitir que el sastre tome la iniciativa y nos aconseje, a la vez que se ha de tener alguna idea de lo que uno desea. Hay veces incluso en que es preciso contrariar el punto de vista del sastre. Es entonces cuando quizá uno gane definitivamente su respeto, o cuando se dé cuenta de que ha de cambiar de sastrería.

En el armario de cada uno debe haber alguna prenda que haya pasado por las manos de un sastre, igual que en cada habitación de la casa debe haber, entre los muebles de usar y tirar, una pieza de calidad o que trascienda lo contemporáneo. Quizá uno cuente con un abrigo heredado, de buen paño, ajustado por un profesional. El buen estilo está en la combinación de lo que perfectamente podríamos encontrar en la basura y el traje de sastrería, porque somos, como ya se ha dicho, una cosa y la otra.

La cita de hoy es de Patricia Highsmith. Pertenece a un pasaje donde habla de la individualidad ganada. Es una individualidad que se corresponde también con los espacios físicos, como es contar con una mesa, una habitación o un rincón para uno mismo. Highsmith habla como escritora, pero podríamos pensar que lo mismo valdría para cualquier oficio o tarea: “Es el extraño poder que tiene el trabajo de transformar una habitación, cualquier habitación, en algo muy especial para un escritor que ha trabajado en ella, y que en ella ha sudado y maldecido y tal vez conocido unos pocos minutos de triunfo y satisfacción”.



Las cosas que están muertas a nuestro alrededor nos matan un poco también a nosotros. Me refiero ahora al orden de la casa. Salvo que uno disponga de una casa espaciosa, con varias plantas y un desván, o de una finca con un edificio anexo que sirva de almacén, o con un trastero profundo en los sótanos, se ha de evitar el amontonamiento de objetos en los espacios destinados a vivir y a que se abra paso la luz del día. Si uno cuenta con ese desván, o ese trastero profundo, entonces puede formar parte del orden que amontone ahí todos esos objetos dispares que llegan hasta él, por vía familiar o por simple capricho, hasta dar lugar a acumulaciones sorprendentes. Y formará parte del orden que se asiente el polvo sobre todo aquello o que se extiendan por encima las telarañas, como quien deja un escenario dispuesto para las aventuras de un niño o la curiosidad de un adulto, uno mismo tal vez, pasado el tiempo. Cada arquitectura, en todo caso, parece exigir una disposición propia –porque los humanos, por diferentes que seamos, no dejamos de aprender de las cosas clásicas, igual que la casa bien concebida educa también a quien la habita–.

Si uno no cuenta con ese sótano o ese desván grande, si uno vive en un apartamento de un bloque de viviendas, como probablemente suceda, entonces se ha de estar prevenido de no guardar lo que no es oportuno, y más cuando aquello obedece a un simple abandono. En una vivienda así todo lo que se tiene ha de hacer compañía y ser el resultado de un acto de voluntad, de una selección. Es una regla sabida que en las casas pequeñas han de salir tantas cosas como entren. Y habiendo las

que hay, ha de ser renovado periódicamente nuestro deseo de conservarlas, de modo que volvamos a tomar conciencia de ellas. Escribí antes algo parecido sobre los libros, sobre la conveniencia de que sean cambiados de sitio de tanto en tanto, y de ser abiertos y expurgados. Convivir con un libro que permanece en el estante sin razón alguna, o con un mueble del que no sabríamos decir nada, o con un objeto de decoración que mantenemos por un compromiso absurdo, es como arrastrar un lastre en nuestro viaje. Y lo mismo cabe decir de cada armario: su interior ha de respirar, las cosas han de poderse sacar y meter en él sin necesidad de extrañas maniobras ni incomodidades. De lo contrario, la casa se convierte en un espacio que nos paraliza.

La cita que he elegido es de José Antonio Labordeta. Le gustaba contar que creció en Zaragoza junto al Mercado Central, una gran estructura metálica que con sus crujidos y su actividad matinal provocaba en él la ensoñación de vivir junto a un puerto de mar. Las mañanas de niebla espesa – llegada del río–, las sirenas del mercado y el eco de las voces le mantenían en esa sugestión portuaria. En su poema “Quiero llegar al mar para salvarme” escribe:

quiero llegar al mar inalcanzable
para seguir aquí
con la esperanza de huir eternamente
un día al mar de tierra y horizonte
que crece dicen al final de mi calle
sin salida.

Puede parecer que vence un sentimiento de derrota en el poema, pero yo leo en él hoy la revelación feliz de que al final de cada calle, ciertamente, se encuentra el mar.



La belleza de una ciudad, de un territorio, empieza en la habitación de cada uno, forma parte de un conjunto. Muchas veces esa belleza exige perder el miedo colectivo a parecer pobres o atrasados, ese afán por renovarlo todo, por retirar el pasado del espacio público. Y exige a la vez cierto cosmopolitismo y deseo de modernidad. Porque no nos parece bello lo que es un simple resultado del apartamiento o de la incomunicación. Lo pintoresco, lo fotogénico, no nos puede agradar si es la consecuencia de unas vidas que –no seamos hipócritas– no deseáramos para nosotros mismos. No es aceptable una belleza que percibamos a través de un filtro moral o que ponga distancias –a veces la lente de una cámara– entre unos hombres y otros.

Quizá tengamos razones de sobra para avergonzarnos de nuestro pasado común, y es posible que hayamos crecido llenos de complejos. Pero es inútil nuestra pretensión de crear belleza desde la nada. Porque la belleza no es algo que se pueda imponer o trasladar simplemente de un lugar a otro. Parece más bien que sea un desarrollo, algo a lo que se da pie para que suceda. Lo mismo se dice sobre la felicidad, eso de que no se puede forzar, sino que uno se hace merecedor de ella. En cierta medida, los grandes monumentos y fachadas solo son bellos como culminación de una

belleza previa, pequeña y cotidiana. De lo contrario, por más que a veces los fotografiemos, posiblemente no pasen de ser manifestación de un miedo.

La cita de hoy es de José María Conget. Sus libros, novelados o autobiográficos, tienen siempre el trasfondo de alguna ciudad: Lima, Zaragoza, Nueva York... Esas ciudades forman un tejido, hasta que el autor hace decir a uno de sus personajes: "Una ciudad es todas las ciudades". Y es así como las ciudades del interior se hacen también portuarias. Sigue diciendo aquel personaje: "Es famosa la luminosidad de mi tierra pero (yo allí no fui feliz) no la empecé a apreciar hasta una mañana de domingo de marzo en la que Iris me hizo alzar la mirada y allí estaba, en un recorte del cielo, entre los aleros cenicientos del Tubo zaragozano, la luz de la bahía, la *luz ilesa* que antes solo en el poema".



Como de tantas maneras se ha expresado, nada podemos llevarnos a la tumba con nosotros. De ahí que el desprendimiento sea considerado una virtud, y reconozcamos algo de belleza en costumbres como la de hacerse enterrar sin caja, tal y como se hace en algunos monasterios y rituales. Sin embargo, y creo que en buena medida es de esto sobre lo que tratan estas notas, nuestro desprendimiento, nuestra virtud, no parte de un desprecio hacia el mundo, de un desdén, sino de una actitud amable y buen dispuesta hacia él. Uno tiene que tener listo su jabón de manos en el aseo porque habrá de tocar muchas cosas, limpias y sucias, viejas y actuales, igual que habrá de manejarse con cuerpos, algunos jóvenes y bellos y otros enfermos y de ancianos, y habrá de desempolvar registros antiguos y de ajardinar espacios, y de servir bebidas en copas adecuadas, y de alargar una conversación que incumbe al mundo, hasta que le venza el sueño. Y todo este esfuerzo, que a menudo puede parecer inútil, encuentra precisamente su grandeza en su gratuidad. O, dicho de otro modo, a la manera de los poemas: solo el amor ha de quedar. De manera que cuando una gran convulsión cósmica o un agujero negro acabe con el último resto de vida, vuelto ya todo una energía difusa y homogénea, alguien podrá dudar de si hubo un día un cosmos, con sus eclipses y sus distancias, pero no de un gesto noble que existió, de una carta que fue escrita o de una página que se leyó en silencio.

Sigo con las normas de urbanidad: uno debe tener en cuenta que de vez en cuando, si es que nuestro carácter no nos lleva a hacerlo de un modo natural, se ha de dar un paseo por la calle con una predisposición clara a saludar. Es habitual que andemos ensimismados o con prisas, y en ocasiones el no tener ganas de saludar nos lleva a elegir calles poco transitadas o a evitar plazas con terrazas de veladores, donde fácilmente puede levantarse la mano de un conocido que reclama nuestra atención. ¡Cómo sabemos de esto quienes hemos vivido en ciudades pequeñas! El caso es que, después de todo, es preciso salir de vez en cuando a ver escaparates y a andar sin prisa por una acera, con actitud de reconocer a las personas que se crucen con nosotros. No se trata de ser pesado con los demás. Pero toda calle, por decirlo de algún modo, ha de tener un ciudadano de guardia dispuesto a levantar el sombrero y la vista, a detenerse a conversar y a decir adiós.

La cita de hoy es de Augusto Assía, corresponsal en Londres durante la Segunda Guerra Mundial. En los días en que la ciudad era bombardeada escribe para una de sus crónicas de *La Vanguardia*: “¿Cómo es que durante la guerra los ingleses siguen jugando al golf, mantienen sus costumbres, sostienen ecuanimidad en su justicia y continúan disfrutando de su tradicional libertad? Los ingleses creen –y ya la experiencia nos dirá si con razón o equivocadamente– que sin aquellas cosas no puede hacerse la guerra, y que si se hace, se pierde”.



Los seres humanos somos una cosa blanda y de temperatura tibia. Nuestros nervios oscilan, nos tiembla la voz. Debemos ocultar a veces nuestros ojos humedecidos por una emoción. Tomamos medicinas, nos sale barriga. Y, sin embargo, hay momentos en que uno siente que está hecho del material más duro que existe en el universo, que podría rayar un diamante como quien dibuja distraídamente en la arena de una playa.

Uno tiene que ir al peluquero, tiene que ir al dentista, tiene que cortarse las uñas. Cuando ha acabado, uno se sienta en una silla y deja que se repose un rato sobre él toda la tristeza del mundo. Quizá acuda también, como una racha de viento, cierta clase de entusiasmo. Después uno se levanta y continúa con lo que queda del día.

¿Qué pensará el último hombre antes de extinguirse? ¿Le consolará la idea de que quizá la naturaleza pueda dar lugar en el futuro a otras formas de vida que de nuevo compongan canciones y formulen teoremas? Sintiéndonos libres, damos por hecho que el curso de las cosas no obedece a una ley necesaria –aporías aparte–. En este punto, la ley del universo es lo que uno hace cuando se levanta de la silla.

Vuelvo a las cosas domésticas: uno ha de contar con una buena maleta. Esa maleta puede ser de lona o de un material sintético, o ser una simple bolsa de viaje. Tiene que estar dispuesta, guardada y protegida como una parte más de nuestro organismo, porque los seres humanos nunca somos del todo sedentarios. Aunque la vida le lleve a uno a permanecer siempre en un mismo lugar, ha de mantener esa maleta preparada, con sus pequeños bolsillos y sus cintas elásticas, con sus cremalleras y sus compartimentos. Después de que hayamos muerto, quien esté encargado de desembarazarse de nuestras cosas deberá hacerlo también de esa maleta, lo que será el epílogo verdadero de nuestro entierro. Y, por otra parte, cuando se viaja, por más que sea a un lugar de ocio o de descanso, no se debe cargar en la maleta la peor ropa, sino la mejor. Uno ha de tener en cuenta aquello de que al viajar, ahí donde no nos conocen, nos convertimos en embajadores del género humano.

La cita de hoy es de Evelyn Waugh. El escritor Simon Leys se sirve de ella en varios momentos para tratar sobre el libre albedrío y la necesidad de no encasillar a las personas. Un periodista radiofónico se refirió a que Waugh no pareciese sentir simpatía por *la gente de la calle*, a lo que el escritor respondió: “Debe usted saber que el hombre de la calle no existe, es un mito moderno.

Solo hay individuos, hombres y mujeres, dotados cada uno de un alma individual e inmortal, y estos seres tienen de vez en cuando la necesidad de usar las calles”.



Eso que llamamos *saber estar* incluye saber cuándo debe uno no estar. Quiero decir irse. A uno no le debe importar parecer en ocasiones poco simpático, si bien se libra así de ciertas complicidades. Uno no está obligado a reírse de todos los chistes que le cuentan, ni de todas las ocurrencias y refranes. Uno no tiene por qué asentir ante una frase hecha o una idea anquilosada, que es como maleza que nos frena el paso.

Se ha de aprender de los demás, pero cada uno ha de hacer lo suyo sin mirar a los lados ni tener en cuenta lo que los demás hagan. Si uno no recibe nunca una descalificación ni es víctima de alguna burla, quizá no esté dando lo mejor de sí. Tampoco, por otra parte, se ha de estar dispuesto a pasar por novatadas o ritos de iniciación basados en el sometimiento. Es mejor cerrar la puerta de la residencia en la que estamos y confiar en que un día podremos abrirla amistosamente. La tolerancia y la curiosidad no nos hacen más débiles. Además, se derrota con más facilidad a quien siente inclinación por la violencia que a quien, hasta donde le es posible, la rehúye.

He hablado ya de los adminículos, los pequeños objetos de los que nos rodeamos y que, como si tuviesen vida, parecen hacerse un sitio en el fondo de cajones y mesillas. La mente humana concibe rectas, y así las proyectan en su mesa el físico y el arquitecto. Pero las cosas de las que cotidianamente nos servimos se ajustan a las curvas de nuestro cuerpo, como el calzador a la del talón o las tijeras de viaje a las de nuestros dedos. De entre las ruinas de la antigüedad, quizá antes que las grandes columnas y los frisos alineados, nos conmueven las pequeñas huellas de lo corporal, el desgaste en el borde de una fuente pompeyana de quienes se apoyaban ahí para beber, la oquedad de una terma ajustada a la espalda o la piedra en la que un escultor quiso fijar los rasgos de un ciudadano anciano que pagó por ella. Diríamos que no es más el hombre una cosa que la otra, la línea geométrica que proyecta y el cojín deformado del respaldo de su silla.

La cita de hoy es de John Rawls. La justicia no es para este pensador un punto medio entre los intereses de cada uno de los miembros de un grupo, aquello que cada cual está dispuesto a ceder. Este pragmatismo sería triste y, ciertamente, ajeno a nuestra filosofía. “Los principios de la justicia –dice Rawls– se escogen tras un velo de ignorancia”. Este velo hipotético haría que cada uno, a la hora de juzgar la justicia de una norma, pensase sin tener en cuenta sus intereses particulares: nadie sabría “cuál es su lugar en la sociedad, su posición, clase o ‘status’ social”; nadie conocería “su suerte en la distribución de ventajas y capacidades naturales, su inteligencia, su fortaleza”. Así sería un ideal de imparcialidad.



Uno habla con todos y no evita entrar en una calle u otra. Uno se sienta en una silla junto a otra persona y responde a lo que esta le pregunta, así como muestra a la vez un deseo de saber de ella.

Más tarde uno continúa con sus cosas. Es en cambio en la amistad donde uno distingue y discrimina. De todos modos, nunca el amigo nos frena en nuestro encuentro con el mundo, sino que nos proyecta hacia él.

De cara a ser eficaz, uno ha de tener un reloj y una agenda, un horario y un plan. Aunque el plan es también en ocasiones no mirar el reloj, olvidar la agenda, saltarse el horario. O, lo que es lo mismo, nada debe privarnos del sentido del humor. Si la muerte es un imprevisto, si nadie escribe en su agenda “Morirse”, ¿cómo vamos a tomar las demás cosas demasiado en serio?

Según uno cambie de actividad, quizá deba cambiarse de ropa. No hay ropas más respetables que otras, como no existe una jerarquía en la dignidad de los trabajos cuando se hacen bien. Así, no se debe llevar un calzado costoso o delicado durante un ejercicio físico, de igual modo que es obligación de uno contar en el armario con unas prendas formales que no se limiten a lo deportivo o lo cotidiano: en democracia cada hombre es un presidente y nadie está libre de cierto protocolo.

No se nos pide que seamos esto o lo otro, sino que nos esforcemos por hacer bien lo que hagamos. Uno ha de valorar su tiempo, a la vez que ha de saber regalarlo como si nada valiese. Uno ha de ponerse en disposición para algo, por más que en ocasiones ese algo no parezca gran cosa. En fin, todo esto es lo que hace tiempo me dijeron a mí.

La cita de hoy es de Brigitte Giraud. Tras perder a su marido en un accidente de moto, recuerda su vida con él y escribe: “Descubro hoy que era feliz. Siento vértigo. Estaba preocupada, angustiada, pero era feliz. ¿Por qué no sabemos esas cosas? ¿Por qué no las calibramos? Porque creemos que el día de mañana será mejor; esperamos algo mejor; pedimos más; nos parece que el presente es una birria comparado con lo que ha de venir”. Escribe después: “A fuerza de esperar, pisoteamos todos los días que van pasando, los vivimos como un estado provisional”. Concluye: “Ahora que ya no queda nada lo sé y puedo decir lo bien que iba todo”.



En cierto sentido, los empleados, cuando se tienen, trabajan con nosotros antes que para nosotros. Ese parece un buen principio general. Nadie debería estar condenado por su nacimiento a ocupar un puesto en la sociedad. Es cierto que uno ha de renunciar a la idea de un mundo perfecto, porque los hombres no somos perfectos, pero a la vez nadie debe conformarse con lo que vea de imperfecto a su alrededor. Nuestra revolución, en todo caso, consiste más en cambiar las estructuras desde las personas que las personas desde las estructuras. Esta revolución es algo cotidiano, diminuto y a un tiempo firme, un ejercicio que se hace antes visible en sus resultados que en sus acciones.

De igual modo que uno ha de estar preparado para la escasez, ha de estarlo para la abundancia. Porque la abundancia también requiere de una preparación, y no debería exigir menos grandeza. Uno contará a veces con un mueble holgado para guardar sus zapatos, con sus listones y cepillos, y otras veces no tendrá más que el espacio de unas baldosas al pie de la cama; o dispondrá de un salón de ventanales anchos, orientados hacia un parque o una calle arbolada, y otras veces no

tendrá más que la vista a los tendederos de un patio interior, o el minúsculo salón donde no cabe desplegada la alfombra que uno heredó. Uno ha de estar bien dispuesto para disfrutar de las oportunidades que se le ofrezcan, o para repartir de lo que tiene cuando es de justicia, y en ese tira y afloja se ha de encontrar cada día un rato de felicidad.

Toda vida, por otra parte, ha de ser una investigación sobre nuestra propia ciudad, sobre el pueblo de nuestros padres o abuelos, sobre nuestro paisaje. Quizá uno piense que no es el más bello que existe, u oiga a su alrededor que otros lo desprecian, pero ha de saber quererlo de igual modo. Luego tal vez nos vayamos lejos. Y entonces uno recuerda aquello de que en el viaje cuenta tanto el ir a un lugar como el venir de un lugar.

La cita de hoy es de un prólogo escrito por Jennifer Homans, viuda del escritor Tony Judt. Escribe sobre su marido y sobre lo que debe ser la honestidad intelectual: “Algunas palabras a propósito de hechos: nunca he conocido a nadie tan comprometido con los hechos como Tony, algo que sus hijos aprendieron desde el principio: debemos a Daniel, hoy de diecinueve años, el título de este volumen, sacado de una cita de Keynes, probablemente apócrifa, que era uno de los mantras favoritos de Tony: ‘Cuando los hechos cambian, cambio de opinión. ¿Qué haría usted, señor?’”.



Termino con una reflexión sobre la esperanza: igual que esa eternidad de los poetas de la que trataba al principio, la esperanza no se refiere solo al futuro, como solemos entender, sino que es el punto de partida. La esperanza tiene algo de proyección retrospectiva, es una cosa de la que, pese a todos los crímenes y evidencias, no se nos puede despojar.

Uno no debe tener miedo a parecer superficial o pasado de moda por hacer caso a ciertas normas, porque la superficie es un modo de acceso a lo profundo. Paradójicamente, las personas más previsibles suelen ser aquellas que menos respeto dicen tener por las convenciones. Y, por otra parte, el amor por lo ideal que no va ligado al aprecio por las cosas de este mundo, que no valora la armonía de un mueble o la combinación de un sabor, es un amor que se vuelve contra el hombre. No es la aspiración ascética lo nuestro. En cierto modo, quería hablar en estas cartas de ideales y de lo que he hablado es de zapatos, pero bien está así.

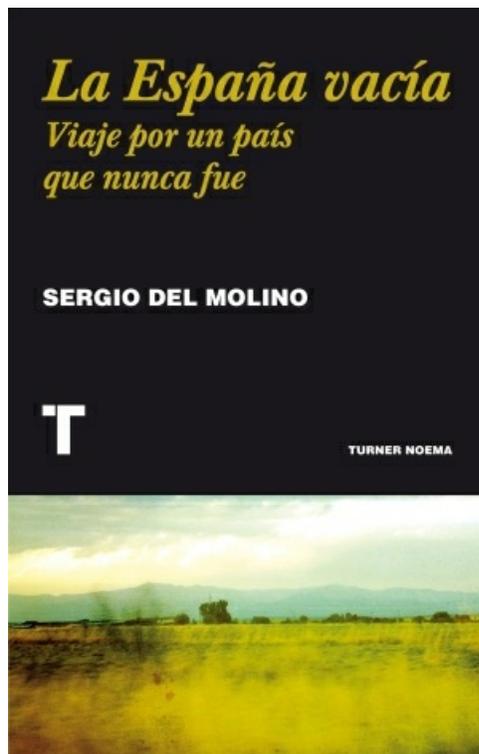
Nada hay de original en las ideas que he expresado, son cosas que me dijeron o que he aprendido de otros. Una de las más recurrentes, ahora que hago balance de estas páginas, es la de que lo humano es antes un modo de tensión hacia cierta realidad que algo que haya que dar por supuesto. Es un interés por el mundo, una implicación. Si en estas notas he tratado sobre el coleccionismo es solo porque a menudo una cosa nos lleva a descubrir otra y a aprender. Lo que es valioso requiere de personas que lo valoren. Lo humano, en definitiva, es algo que los hombres podemos perder, incluso como especie. Y he hablado también de la política basada en la confianza en el hombre común, así como de la necesidad de deshacerse de la idea, por paradójico que resulte, de eso que llamamos hombre común. Ninguno de nosotros lo es.

La última cita que he elegido es de un superviviente del campo de concentración de Mauthausen, el escritor Joaquim Amat-Piniella. Su personaje de ficción, Emili, asiste a la liberación del campo. Durante esa jornada histórica es testigo de las reacciones de sus compañeros: unos se afanan en buscar comida en los barracones abandonados, otros se reúnen en comités de partido... Escribe: "Los estímulos que movían a sus compañeros, ideas políticas, bienestar material, afán de revancha, eran posiciones unilaterales que no podían significar el auténtico sentido de la libertad. En la calma de su observatorio, Emili presentía que muy pronto iba a serle revelado el conocimiento que entonces precisaba más que ninguna otra cosa". Será junto a un hombre desconocido, con quien se sienta fraternalmente a fumar y a compartir el calor de un brasero, cuando encuentre, sin haber cruzado una palabra, un verdadero sentido a su penalidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ACÍN, Sol, *Hora Temprana*, Larumbe (Prensas Universitarias de Zaragoza), 2014.
- ADIMI, Kaouther, *El reverso de los demás*, Aloma Rodríguez Gascón, tr., Zaragoza, Xordica, 2015.
- AMAT-PINIELLA, Joaquim, K. L. *Reich*, Baltasar Porcel y el autor, tr., Barcelona, Asteroide, 2014.
- ARISTÓTELES, *Metafísica*, Valentín García Yebra, tr., Madrid, Gredos, 1970.
- ASSÍA, Augusto, *Cuando yunque, yunque. Cuando martillo, martillo*, Libros del Asteroide, Barcelona, 2015.
- BARNES, Djuna, *Nueva York*, Charles S. de Mora, tr., Madrid, Mondadori, 1989.
- BARGA, Corpus, *Periodismo y literatura*, Fundación Banco Santander, Madrid, 2009.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo, *Obras escogidas*, Ebro, Zaragoza, 1970.
- BELLOW, Saul, *Cartas*, Daniel Gascón, tr., Barcelona, Alfabia, 2011.
- CAMBA, Julio, ...*ETC., ETC...*, Plus-Ultra, 1945.
- CAMUS, Albert, *Ensayos*, Julio Lago Alonso, tr., Madrid, Aguilar, 1981.
- CHAVES NOGALES, Manuel, *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, Asteroide, Barcelona, 2012.
- CHÉJOV, Antón, *Sin trama y sin final. 99 consejos para escritores*, Víctor Gallego Ballester, tr., Alba, Barcelona, 2005.
- CONGET, José María, *Todas las mujeres*, Alfaguara, Madrid, 1989.
- DYLAN, Bob, discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura de 2016, Ismael Grasa, tr.
- GINZBURG, Natalia, *Las pequeñas virtudes*, Jesús López Pacheco, tr., Madrid, Alianza, 1966.
- GIRAUD, Brigitte, *Ahora*, María Teresa Gallego Urrutia, tr., Zaragoza, Contraseña, 2014.
- GISTAÍN, Mariano, “Escuchar es imposible”, *Letras Libres*, febrero de 2016.
- GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón, *¡Rebeca!*, Espasa-Calpe, Madrid, 1974.
- GRANDE, Cristina, *Flores de Calabaza*, Anorak, Zaragoza, 2015.
- HERZEN, Alexandr, *El pasado y las ideas*, Jorge Ferrer Díaz, tr., Barcelona, 2013.
- HIGHSMITH, Patricia, *Suspense. Cómo se escribe una novela de misterio*, Jordi Beltrán, tr., Madrid, Círculo de tiza, 2015.
- HIRSI ALI, Ayaan, *Yo acuso*, Natalia Fernández Díaz, tr., Barcelona, Debolsillo, 2007.
- HITCHENS, Christopher, *Dios no es bueno*, Ricardo García Pérez, tr., Barcelona, Debate, 2008.
- HUNT, Lynn, *La invención de los Derechos Humanos*, Jordi Beltrán, tr., Barcelona, Tusquets, 2009.
- JUDT, Tony, *Cuando los hechos cambian*, Juan Ramón Azaola y Belén Urrutia Domínguez, trs., Barcelona, Taurus, 2015.
- KANT, Immanuel, *Tratado de Pedagogía*, Carlos Eduardo Maldonado, tr., Bogotá, Ediciones Rosaristas, 1985.
- LABORDETA, José Antonio, *Setenta y cinco veces uno (Poesía reunida 1945-2010)*, Eclipsados, Zaragoza, 2011.
- LARKIN, Philip, *Poesía reunida*, Damián Alou Ramis y Marcelo Cohen, trs., Barcelona, Lumen, 2014.
- LÓPEZ-VEGA, Martín, *La eterna cualquerosa*, Pre-Textos, Valencia, 2014.
- MACHADO, Antonio, *Juan de Mairena*, Cátedra, Madrid, 1999.
- MAGNY, Claude-Edmonde, *Carta sobre el poder de la escritura*, Mara Virginia Jaua, tr., Cáceres, Periférica, 2016.
- MANSFIELD, Katherine, *Diario*, Aránzazu Usandizaga Sainz, tr., Barcelona, Lumen, 2008.
- MONTAIGNE, Michel de, *Los ensayos*, J. Bayod Brau, tr., Barcelona, Acentilado, 2007.
- ORWELL, George, *Ensayos*, varios traductores, Barcelona, Debate, 2013.
- PINKER, Steven, “Por qué la libertad de expresión es fundamental”, traducción de Verónica Puertollano del artículo publicado en *The Boston Globe* el 27 de enero de 2015. Disponible en internet.
- POPPER, Karl R., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Eduardo Loedel Rodríguez, tr., Barcelona, Paidós, 2010.
- PUÉRTOLAS, Soledad, *La vida oculta*, Anagrama, Barcelona, 1993.
- RAWLS, John, *Teoría de la justicia*, María Dolores González, tr., México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- ROMEO, Félix, *Por qué escribo*, Xordica, Zaragoza, 2013.
- RUSHDIE, Salman, *Joseph Anton. Memorias*, Carlos Milla Soler, tr., Barcelona, Mondadori, 2012.

- SAINT-EXUPÉRY, Antoine de, *Carta a un rehén*, Julia Escobar y Françoise Gerbod, trs., Barcelona, Nortedur, Barcelona, 2011.
- SÁNCHEZ ROSILLO, Eloy, *La certeza*, Tusquets, Barcelona, 2005.
- SAVATER, Fernando, *Diccionario del ciudadano sin miedo a saber*, Ariel, Barcelona, 2007.
- SEMPRÚN, Jorge, *Vivir es resistir*, Javier Albiñana, tr., Barcelona, Tusquets, 2014.
- SYKES, Christopher, *Evelyn Waught: A Biography*, Londres, Collins, 1975.
- WEIL, Simone, *Escritos históricos y políticos*, Agustín López Tobajas y María Tabuyo, tr., Trotta, Madrid, 2007.
- WHARTON, Edith, *Xingú*, Pepa Linares, tr., Zaragoza, Contraseña, 2012.
- WILDE, Oscar, *Una vida en cartas*, Alberto Mira, tr., Barcelona, Alba, 2005.



La España vacía

Molino, Sergio del

9788416714667

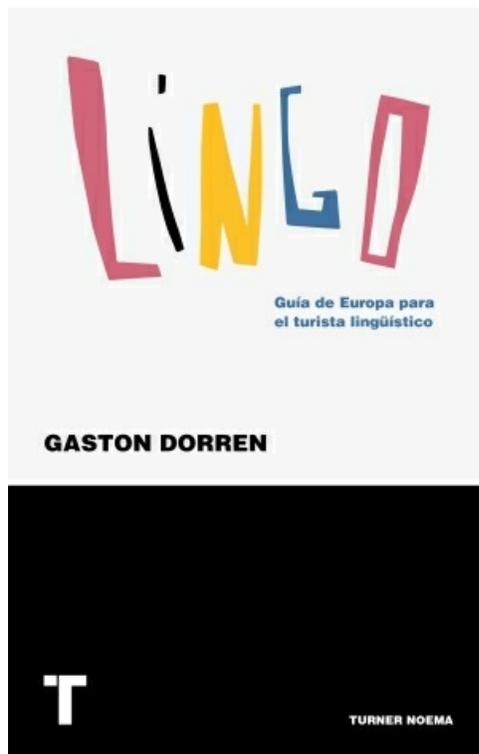
400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un viaje histórico, biográfico y sentimental por un país deshabitado dentro de España. En solo veinte años, entre 1950 y 1970, el campo español se vació. Las consecuencias de este éxodo marcan el carácter de la España de hoy. Un ensayo emocionante y necesario sobre las raíces de un desequilibrio que hace tanto daño a la ciudad como al campo. Un viaje a los pueblos de la España vacía y un análisis de la literatura, el cine y la

historia que los relata. "Hay que viajar muy al norte, hasta Escandinavia, para encontrar en Europa unas densidades de población tan bajas como las de la España vacía".

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Lingo

Dorren, Gaston

9788416714650

374 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Bienvenido a Europa como nunca la has visto: a través de las peculiaridades de sus idiomas y dialectos.

Gaston Dorren mezcla la lingüística y la historia cultural y nos conduce a un fascinante tour por el continente, desde el protoindoeuropeo (el antepasado común de las lenguas europeas) hasta el triunfo del inglés, pasando por las complejidades de los plurales del galés y la pronunciación

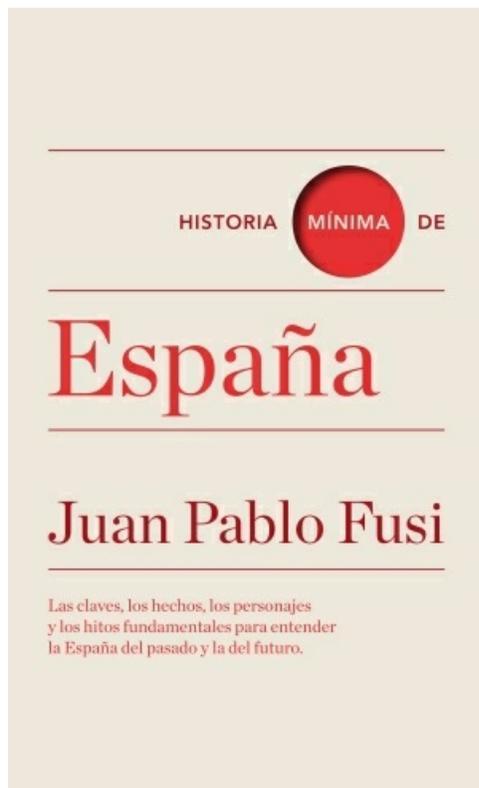
checa. Por el camino aprenderemos por qué el esperanto no prospera, qué les sorprende más a los extranjeros que intentan aprender español y por qué el finés es el idioma europeo más fácil de aprender.

¿Preparados? Sorprendente, ingeniosa y lleno de datos extraordinarios, "*Lingo*" cambiará nuestra forma de entender el lenguaje.

"A través de estas sesenta historias sobre la lingüística europea aprendemos muchísimo sobre Europa [...] Una guía entretenida y accesible". — *The Financial Times*

"El recorrido de Dorren por el continente se convierte en una práctica enormemente divertida. Tiene algo interesante que decir sobre casi todo [...] brillante". — *The Guardian*

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Historia mínima de España

Fusi, Juan Pablo

9788415427650

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿En qué siglo aparece el nombre "España"? ¿Es cierto que la reconquista duró ocho siglos? ¿Pudo haberse mantenido el califato de Córdoba? ¿Quién creó la Inquisición y para qué? ¿Cuál fue el gran error de Felipe II en Flandes? ¿Cómo afectó a España la independencia de los países americanos? ¿Quién fue el primer militar que presidió el gobierno español? ¿Fue alguna vez la agricultura española un sector próspero? ¿Cuándo

empezó el bando republicano a perder la Guerra Civil? ¿Para qué sirvieron los pactos de la Moncloa? ¿Se puede hablar hoy de España como una plena democracia europea? Incluye 20 mapas originales, y un completo aparato crítico con cronología exhaustiva, recomendaciones bibliográficas del autor e índice onomástico

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Las personas de la historia

MacMillan, Margaret

9788416714889

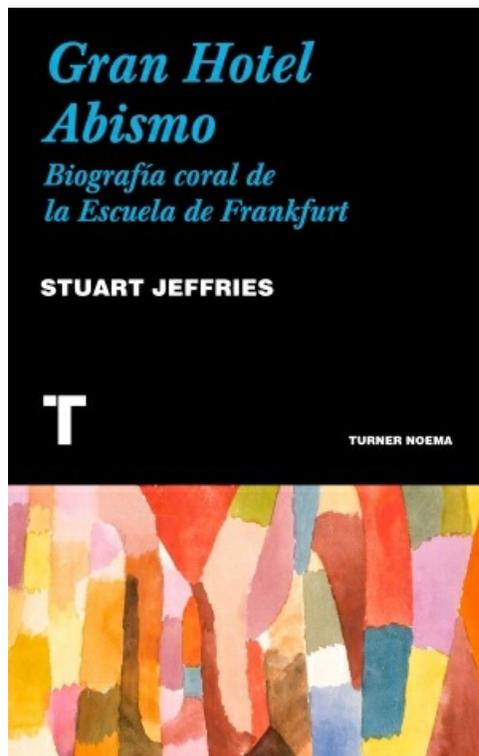
296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La gran historiadora canadiense Margaret MacMillan, autora del bestseller internacional 1914. De la paz a la guerra, nos presenta aquí su propia selección personal de las figuras del pasado, hombres y mujeres, algunos famosos y otros menos conocidos, que en su opinión destacan como "personas que hicieron historia". MacMillan examina el concepto de liderazgo a través de Bismarck y su papel en la unificación de Alemania,

Willam Lyon Mackenzie King en la defensa de la unidad canadiense, y Franklin D. Roosevelt en la política estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial, y señala los grandes errores o decisiones destructivas de dirigentes totalitarios Hitler, o democráticos como Nixon o Thatcher. También hay espacio para soñadores y aventureros y personalidades únicas menos conocidas pero cruciales en su época. Este libro trata de la relación importante y compleja que establecen la biografía y la historia, los individuos y su tiempo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Gran Hotel Abismo

Jeffries, Stuart

9788416714919

484 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vida y obra de Benjamin, Adorno, Marcuse, Horkheimer y otros pensadores que definieron el mundo tras la Segunda Guerra Mundial. "Están ustedes alojados en el Gran Hotel Abismo", le dijo un día el filósofo Lukács a Adorno, refiriéndose a todos los miembros de la Escuela de Frankfurt: un hotel equipado con toda clase de lujos, pero colgado sobre un precipicio, sobre el vacío y el absurdo... Este grupo de pensadores

alemanes ha tenido una inmensa influencia sobre las ideas y la cultura de las últimas generaciones. Su intención fue siempre arrojar luz sobre la política cultural durante el auge del fascismo, y para ello empezaron a reunirse y crearon la Escuela de Frankfurt en 1923. Muchos de ellos tuvieron que exiliarse huyendo de los nazis y acabaron en Estados Unidos. Su vida, su época y sus ideas siguen siendo hoy relevantes. Este es un libro fundamental para entender cómo percibimos la cultura en la sociedad de masas y cómo nos relacionamos con la información, con los medios y con nuestra época.

[Cómpralo y empieza a leer](#)